

EL INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE (INC) HA
INAUGURADO LAS PEQUEÑAS EDICIONES CON EL
CATALOGO DE SUS TRABAJOS ACUMULADOS? QUE
COMPRENDE ESTUDIOS Y ENSAYOS ORIGINALES DE
SUS MIEMBROS Y COLABORADORES REFERENTES A
TEMAS DE INTERES CHILENO Y LATINOAMERICANO
EL CATALOGO PUEDE SOLICITARSE POR CORREO
EL CATALOGO PUEDE SOLICITARSE POR CORREO

LAS PEQUEÑAS EDICIONES COMPLETAN UN SISTEMA
DE DIFUSION DE BAJO COSTO QUE FACILITA EL
ENVIO Y COLECCION? ASI COMO LA COMODA TE-
NENCIA Y APROVECHAMIENTO DE LOS ESCRITOS

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE
I.N.C.
Wijnhaven 25, 2e. verd.
3011 WH Rotterdam
NEDERLAND

127

CONSTRUIR UNA FUERZA POR LA DEMOCRACIA

Armando Arancibia C.

Pequeñas Ediciones
I.N.C.

ARANCIBIA CALDERON. Se licenció en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad de Chile (1965) y en en ESCOLATINA (1968). Fue docente en la Escuela y en la Escuela de Economía de la Universidad e investigador del Instituto de Economía y de la misma Universidad. Entre 1970 y 1973 se desempeñó como Gerente General de la Compañía Minera El Teniente y, luego, como Subsecretario de Economía. Reside actualmente en Ciudad de México donde se desempeña como docente e investigador del CIDE. Durante 1980 fue investigador visitante en la Universidad Católica de Lovaina. Es miembro del Comité Central del Partido Socialista de Chile.

Pequeñas Ediciones INC, Rotterdam, 1981
Prohibida la reproducción sin previa autorización del Instituto para el Nuevo Chile.

Las opiniones vertidas en esta obra son de exclusiva responsabilidad del autor y no comprometen al Instituto como tal.

CONSTRUIR UNA FUERZA POR LA DEMOCRACIA

Armando Arancibia C.

¿ La duración y el desenlace de la dictadura chilena serán semejantes a los del régimen franquista en España ?

Esta pregunta ha aflorado con insistencia desde el mismo 11 de septiembre de 1973. Quienes la formulan y las respuestas que motiva han debido variar con el curso del tiempo y los hechos ocurridos en Chile. Pero es claro que en un comienzo eran muy pocos los dispuestos a admitir la pertinencia misma del interrogante. La tradición histórica nacional y la idiosincracia del pueblo chileno hacían inimaginable tal perspectiva, de acuerdo con la opinión más frecuente.

Puede recordarse, asimismo, que poco después del golpe en Chile aquellos que tuvieron la oportunidad de releer, bajo una nueva óptica, la historia de la guerra civil española, pudieron encontrar sorprendentes y fundadas semejanzas entre formulaciones e iniciativas de los sectores franquistas con los observados tanto en el período previo como con posterioridad a la instauración de la Junta Militar. Al punto que parecía haberse descubierto la fuente de inspiración de muchas de las actividades y resoluciones de la dictadura chilena. Si bien la constatación alentó algunas especulaciones ominosas, las coincidencias no podían sino difícilmente, trasponer estos límites.

Las comparaciones con el dictador español y su régimen continuaron luego siendo una imagen frecuentemente utilizadas por análisis e informaciones relativas a la situación chilena.

Transcurridos los años y - shore - en medio del difícil tránsito hacia el establecimiento de cierta institucionalidad democrática, la vida política española se encarga de suministrar otros elementos de juicio dignos de ser tomados en cuenta al razonar sobre los serios problemas propuestos a la tentativa de liberación de un régimen largamente enquistado en el poder.

Hoy día, sólo cabe recibir la inquietante pregunta que abre estas páginas, a lo menos, con una disposición distinta. Debe entenderse que cuando es formulada, no existe -- por lo común -- el propósito de provocar desaliento, ni resignación; sólo se plantea una preocupación que a no pocos ha parecido seriamente justificada. Y sobre la cual, por lo tanto, es necesario reflexionar.

No se trata de emprender aquí la presentación de un paralelo entre las dos dictaduras aludidas. Así como tampoco se intenta reconocer - advertencia ociosa en circunstancias diferentes - la posibilidad de repetición de sucesos históricos concretos, acaecidos, además, en sociedades, contextos y momentos muy alejados unos de otros en diversos planos y aspectos. Sólo se retoma el caso del franquismo por cuanto sirve para ilustrar algunas de las equivocaciones en las que se incurrió al examinar el verdadero significado y los alcances del proceso abierto junto con la captura del poder por las fuerzas armadas, en septiembre de 1973. En efecto, no fue casual que desde el primer momento -- es cierto, mayoritariamente desde fuera del medio chileno --, se relacionaran los sucesos ocurridos en el país con el antecedente español y no con el de los numerosos gobiernos castrenses tan conocidos en América Latina. Pero, durante largo tiempo, persistieron las reticencias a admitir esa línea de razonamiento. A pesar de que el contexto en que se produjo, las causas que motivaron el golpe militar, hubieran debido llevar a tomarla en cuenta. No eran escasos los indicios, ni las previsiones inquietantes -- desde luego, el sólo hecho de constatar la porfiada referencia a la dictadura hispánica -- que reclamaban una comprensión más rigurosa del nuevo escenario en el que se pasaba a desarrollar la acción política.

Por otra parte, la alusión a la pregunta que percibe en el período franquista una figura que ayuda a representar los acontecimientos en Chile, sirve para recordar que el particularismo de situaciones históricas precisas no impide reconocer las contribuciones que puede brindar a los análisis, con las reservas impuestas por el nivel de abstracción en el cual se realiza, la confrontación de experiencias distintas.

La difícil aceptación de la realidad .-

Siete años tardaron en ganar aceptabilidad más amplia los enjuiciamientos encaminados a desentrañar la verdadera naturaleza de lo sucedido en el país. Si antes existieron, ello no se tradujo en las políticas definidas para enfrentar al gobierno militar, lo cual ejerció, a su vez, efectos restrictivos sobre el necesario debate respecto de la magnitud de los desafíos que debía encarar la lucha por la democratización. Al interior de andamiajes levantados desde "verdades partidarias" y de pautas de relacionamiento ritualizadas, los temas de discusión quedaron siempre sujetos a las prescripciones de los catálogos institucionales.

En la actualidad, podría estimarse que ésa es una etapa ya superada y sobre la cual no sería interesante, ni conveniente volver a discutir. Como es común, no faltan las voces que afirman que no ayuda el recuerdo de las equivocaciones y deficiencias del pasado. Aunque tampoco corresponde iniciar aquí la revisión de todas ellas, parece necesario recoger algunos de los fenómenos que caracterizaron las conductas de los sectores que han terminado por conformar la oposición al régimen, en el curso de los años siguientes a su instalación. Primero, por cuanto constituyen antecedentes útiles para el examen de la situación presente; en seguida, porque contribuyen a discernir si efectivamente se encuentran resueltos los obstáculos que antes entorpecieron el accionar en pos de la reconstrucción democrática.

Para comenzar, debe subrayarse el hecho de que se haya retrasado tanto la comprensión de los objetivos reales de la dictadura y de los factores en los cuales se sostiene. De ningún modo, esto implica exigir la elaboración de un diagnóstico acabado e inmediato en medio de los dramáticos sucesos que rodearon al golpe de estado. Los desvelos provocados por la represión criminal desatada en contra del movimiento popular, el apremio por defender las organizaciones sociales y políticas perseguidas, la urgencia de encontrar medios tendientes a detener el terrorismo sistemático mantenido por la dictadura, absorbieron, lógicamente, el grueso de las preocupaciones y los esfuerzos de la izquierda.

Pero, fuera de los momentos más críticos, el origen de las percepciones erróneas puede ubicarse en las carencias teóricas, los estilos y métodos de trabajo equivocados, las insuficiencias en el conocimiento de aspectos fundamentales de nuestra sociedad, que hoy día es posible reconocer. Estos elementos influyeron de manera en extremo negativa en las manifiestas debilidades exhibidas por las previsiones e interpretaciones políticas.

No cabe explicarse de otra forma el proceder de aquellos que contribuyeron a crear el clima propicio para la intervención violenta del gobierno constitucional, convencidos de que la intervención de las fuerzas armadas abriría un paréntesis, más o menos, breve en la vida del país. Suprimidos los riesgos provenientes del potencial alcanzado por el movimiento popular y sus aspiraciones transformadoras, debería transferirse el poder a los civiles y reinstaurarse la normalidad institucional. Más tarde, al advertirse que la transición se extendía en exceso y sin horizontes definidos para su cierre, se concibieron nuevas salidas que consultaban la presencia de componentes políticos y militares, con la sola exclusión de los elementos que aparecían con mayor grado de responsabilidad en los desmanes cometidos después del golpe. Para el efecto se contaba con diversos factores de apoyo: las influencias y la confianza en determinados integrantes del régimen con los cuales existían vinculaciones más o menos estrechas; la capacidad de ejercer presiones desde fuera de los círculos oficiales, gracias a los contactos con importantes centros de poder, tanto del interior como internacionales, y las condiciones en que se encontraba el movimiento popular que lo forzarían a prestar su respaldo --se pensaba-- sin margen para reclamar concesión alguna. Tales expectativas fueron robustecidas por las reticencias del gobierno de Carter ante la Junta Militar chilena, agravadas a raíz del asesinato de Orlando Letelier y Ronny Moffit en la capital estadounidense.

Sin duda, muchos de esos supuestos se cumplían en la práctica, pero, al final, la línea diseñada se ha revelado insistentemente estéril. Quienes se han apegado a ella, no parecen admitir que pudieran estar formando parte del blanco, al menos político, en contra del cual se dirige la acción de la dictadura. No obstante, así podría inferirse de numero-

sas señales, incluidas varias bastante antiguas. No fue por azar que muy pronto, emergieron desde el seno de las esferas gubernamentales, los cuestionamientos enfilados hacia los patrones dentro de los cuales se produjo la evolución socio-política de Chile durante los cincuenta años anteriores, unidos a la encarnizada descalificación de toda actividad política y de sus realizadores. Tampoco podía escapar a la atención, la temprana purga emprendida por Pinochet a fin de garantizar la existencia de un cuerpo de oficiales superiores del ejército que le fueran incondicionales, a través de procedimientos de calificación, llamado a retiro de las filas y hasta atentados. Estas medidas golpearon, precisamente, a los mandos que disponían de relaciones estimadas indeseables por el dictador. Por otro lado, altos funcionarios de gobierno de reconocida filiación política, fueron progresivamente empujados a elegir entre la permanencia en el cargo y su militancia.

Detrás de estas actitudes aparecen presentes las desconfianzas y reproches nacidos bajo el gobierno democratacristiano entre los sectores ahora regentes, así como la imputación de supuestas culpabilidades que le cabrían a partidos políticos que habían pavimentado -- al decir de los mismos medios-- el camino para el triunfo y la instalación del Presidente Salvador Allende. A esto se vino agregar la decisión de Pinochet y de las fuerzas que le son adictas, de combatir y cerrar el paso a cualquier eventual fortalecimiento de las alternativas que ellos visualizan como la más peligrosas para sus intenciones de proseguir en el mando de la nación. Precisamente, después de haberse golpeado con saña al movimiento popular, subsistía como principal amenaza la proveniente del centro político, el cual disponía, además, de un no despreciable radio de maniobra dentro del mismo campo en el que dictadura obtiene sus puntos de apoyo. Por eso, ella se aplicó sin demora a la eliminación de los factores de riesgo que se encontraban bajo su control directo y a buscar los medios de contrarrestar los que no lo estaban.

Pero, a pesar de todo, aquel segmento de la disidencia mantuvo la esperanza de abrirse rápidamente camino como la única opción alternativa a un régimen que se estimaba afectado por dificultades insuperables.

La izquierda, por su parte, no quedó exenta de errores en la evaluación del carácter que podría revestir la ruptura del ordenamiento constitucional. No fueron desconocidas las previsiones que apoyadas en la autoridad del "realismo" y la "experien-

cia; previeron que en el caso de producirse un golpe de estado, éste no sobrepasaría los límites de dureza fijados por "las buenas tradiciones nacionales".

Después de septiembre de 1973, prevaleció la sobrevaluación de diversos fenómenos: el evidente aislamiento político que ha acompañado a la dictadura militar desde su irrupción en la comunidad internacional; los efectos devastadores para las condiciones de vida de la mayoría de la población y sobre el patrimonio nacional, asociados a la política económica aplicada por el gobierno de acuerdo con las orientaciones de la ideología chiguana; el pronunciado aislamiento social y político interno del régimen; las esporádicas agudizaciones de las discrepancias y conflictos en el seno del bloque dictatorial, cuyo momento más álgido enfrentó a Pinochet con el cuerpo de oficiales superiores de la Fuerza Aérea.

El corolario lógico de estas visiones predominantes fue la percepción de la dictadura en estado de precariedad intrínseca y expuesta a sufrir una crisis final inminente. Esta sería precipitada por la concertación de acuerdos entre los partidos opositores y la subsecuente acción conjunta en contra del dictador.

El acontecer real marchaba, entre tanto, con otros rumbo totalmente alejados de dichas esperanzas. Pero éstas lograron sobrevivir -- claro que marchitándose -- a lo largo del tiempo y sólo vinieron a ser enterradas a fines del año pasado.

Si bien, estos episodios son de conocimiento general, es conveniente subrayar todavía determinados aspectos que no deben borrarse en el olvido.

El primero de ellos se refiere a los problemas de fondo que encarece la alianza propuesta entre la izquierda y la Democracia Cristiana y a su restringida eficacia como fórmula adecuada para erigir una alternativa clara de gobierno. El tema ha sido ya abordado en otros análisis y no se reproducirán ahora. Únicamente cabría agregar que más allá de la buena fe y disposición de las partes, concurrían a dificultar el entendimiento serias razones de orden ideológico y político, así como antiguas suspicacias y querrelas incubadas especialmente durante la década y media anterior.

De allí arrancaron parte de las tensiones resentidas al interior de los dos sectores y -- connotadamente -- las que hubiera llegado a generar la suscripción de un compromiso público sobre los medios en los cuales la D.C. ejerce influencia o dispone de respaldos que era necesario activar para llevar la empresa a buen fin.

En lo que concierne de manera específica al movimiento popular, no había condiciones para la concurrencia de todos sus integrantes a un acuerdo con los rasgos esbozados. Este implicaba el otorgamiento de concesiones inaceptables a los ojos de un segmento de la izquierda, en cuanto la conducían a la pérdida de identidad e independencia en su quehacer y pensamiento para constituirse en verdadero "vagón de cola". Cundía la impresión de que esas no eran de ningún modo las condiciones propicias para celebrar acuerdos políticos.

Es así como las organizaciones políticas de la izquierda se ven sacudidas por una serie de intensos debates que adoptan términos distintos pero cuyo eje central estriba en el problema de la política de alianzas. Uno de los más escarnizados surgió casi junto con la dictadura y todavía de algunos estertores: es el relativo al carácter "fascista" del régimen chileno. El uso del calificativo tiene un valor político indudable en la medida que sirve como figura apropiada para presentar ante la opinión pública los alcances de la dictadura y los impactos de su política de arrasamiento de los derechos más esenciales tanto del hombre como de la sociedad. El debate teórico mismo reviste innegable interés por cuanto contribuye a aclarar la naturaleza del sistema de dominación impuesto al país.

Cosa muy distinta es, empero, cuando se le atribuye un objetivo de mucho mayor profundidad como ocurrió en la práctica. En efecto, los principales sostenedores de la polémica entendían que la aceptación o el rechazo del rótulo conducía linealmente a una u otra política de alianza. Esto es, se procedía como si en la política existiera un manual de terapias semejante al de la medicina: identificada la situación concreta con cierto cuadro previamente tipificado quedaría determinada en forma inmediata la estrategia de acción. Podría afir-

marse que en este caso, por encima de la polaridad de las posiciones enfrentadas, subsiste en la base una lógica común, que es el aspecto de más vasto alcance. En el fondo, pareciera que desde la perspectiva de cada una de las formaciones directamente involucradas en la discusión, el escenario creado por la dictadura había hecho madurar las condiciones adecuadas para la implementación de sus respectivas estrategias políticas y alrededor de las cuales mantuvieron agudas discrepancias con mucha anterioridad al golpe.

Otro de los debates colocó, curiosamente, en oposición la política del frente antifascista con la de la acumulación de fuerza propia por el movimiento popular. Cualquier observador externo tendría dificultades casi insolubles para descubrir las razones en virtud de las cuales tales planteamientos serían absolutamente antagónicos. Y, en realidad, se hace cuesta arriba pensar que alguien aspire a convertirse en sujeto de alianzas sólo cuenta con fuerza efectiva para aportar y cuyo concurso interesa obtener. Nadie encuentra aliados si sólo dispone de la voluntad de celebrar acuerdos. Pero, por otro lado, aunque se tenga el poderío suficiente como para constituirse en componente respetable de un esfuerzo compartido, ello no basta. El más elemental sentido común indica que es igualmente importante la existencia de confianza y credibilidad mutua respecto de la seriedad con la cual las partes cumplirán hasta el final los compromisos contraídos; lo que supone, a su vez, un consenso entre ellas sobre el contenido esencial --cuando menos-- del objetivo final definido en conjunto. Resulta sumamente precaria cualquier alianza --si es posible lograrla-- entre fuerzas con fines divergentes en lo sustancial, a pesar de que en determinadas circunstancias puedan crearse aproximaciones significativas alrededor de cuestiones específicas.

En la situación chilena, no obstante la necesidad de poner término a la dictadura, se han acumulado los factores que entorpecen la conformación de una alternativa capaz de colocarla en jaque. Los problemas más hondos se sitúan en el terreno de los elementos que influyen en los que hasta el presente han sido los enfoques empleados por los sectores de oposición para comprender las exigencias de la realidad nacional y concebir las respuestas destinadas a resolverlas: la adecuación a la sociedad chilena de sus inspiraciones doctrinarias, la percepción de los

aspiraciones de los sectores sociales que representan, sus orientaciones estratégicas, sus opciones y vínculos internacionales.

Pero, se encuentran también fuertes obstáculos en otros planos que han incidido en la ausencia de un movimiento con posibilidades de impulsar las reivindicaciones democráticas en Chile. Más adelante se volverá sobre ellos, procurando presentar las que entendemos son sus expresiones principales.

Por el momento, en relación con el lapso que media entre septiembre de 1973 y finales de 1980, es inevitable referirse a la persistencia de visiones y métodos políticos propios de la etapa anterior. Ello se pudo constatar en los tipos y las formas de las iniciativas en las que se concentraron los esfuerzos de quienes disponían de espacios para manifestar su disidencia. Salta a la vista, en igual sentido, la tendencia de las direcciones de los partidos a pensar que conservaban íntegra su capacidad para influir en la marcha del acontecer nacional por medio de resoluciones o acuerdos que una vez adoptados, deberían generar la movilización de todas las correspondientes instancias organizativas y de la base, en la dirección precisada. Puede recordarse, asimismo, la búsqueda de alianzas por la vía de omitir todo pensamiento propio, de acallar cualquier diferencia de opinión y de ofrecer apoyos sin reclamar condición alguna, cuando se intentaba establecer el diálogo, precisamente, entre sectores que se sabían separados por razones de principios y de tomas de posiciones políticas que los había opuesto frontalmente en el pasado reciente, como sucedió durante el gobierno de la Unidad Popular. Si hasta dentro del juego parlamentario habitual la eficacia de tales procedimientos es dudosa, en el contexto de la lucha en contra de la dictadura --dada la multiplicidad de complejas cuestiones por encarar-- pueden estimarse condenados de antemano al fracaso. Lo más corriente en tales circunstancias es que se aviven las sospechas acerca de los verdaderos móviles del interlocutor. Sólo la ventilación franca de posiciones permite identificar las áreas de coincidencias y discrepancias que conducirán a entendimientos con clara definición de contenidos y responsabilidades honestamente asumidos.

Todas éstas eran evidencias de graves retrasos en la comprensión de las alteraciones profundas que se estaban operando en el escenario nacional y del impacto de la derrota sobre las formaciones políticas que la padecieron. No se percibían las restricciones que pesaban encima de las organizaciones sociales que constituyeron la base de la convivencia colectiva, ni la

transformación de rasgos fundamentales del "estado que constituían el eje del quehacer tradicional de los partidos políticos chilenos. Si bien, fuera de toda duda, subsisten los sectores sociales que brindaron la base militante y la clientela de las organizaciones partidarias, ellos quedaron fracturados de los vértices direccionales. Adicionalmente, el control severo ejercido por la dictadura sobre los medios de comunicación de masas y de producción cultural, clausura los canales para la transmisión hacia la comunidad de las formulaciones disidentes y, por lo tanto, cierra la posibilidad de influir en las mayorías del país. El régimen militar aprendió a convivir con los vehículos ^{contestatarios} de ideas/en la medida que tienen una circulación restringida, así como tolera la creación cultural circunscrita a un público ya convencido previamente.

Por otro lado, las direcciones políticas de la izquierda continuaron actuando sin abocarse a una seria reflexión encaminada a desentrañar las explicaciones de lo ocurrido y a buscar las propias responsabilidades que le cupieron en ello. Aunque necesario y explicable ese comportamiento durante un período en que era prioritario coordinar la intensa solidaridad internacional para contener la represión brutal, el análisis no podía postergarse indefinidamente. Es cierto, igualmente, que el movimiento popular logró preservar cierta unidad básica, por sobre sus diferencias internas. Hecho éste de innegable valor y que sería imprescindible cautelar hacia adelante. Pero, en ningún caso, el costo de rehuir debates que ya son ineludibles. Nada sería más peligroso que imaginar que los dramáticos acontecimientos padecidos por el pueblo chileno y las radicales modificaciones experimentadas por la sociedad entera vayan a dejar intocada a la izquierda. Es imperativo que ella se pregunte sobre la validez de la forma en que interpretaba los principios que constituyen el corazón de sus definiciones ideológicas, los aciertos pero también las grandes insuficiencias de su reflexión teórica, sus interpretaciones de la realidad nacional y exterior así como respecto de sus esquemas de organización.

Ninguno de los temas anteriores atrajo la reflexión detenida del movimiento popular, ni de otros afectados por la gestión autoritaria. Por lo menos, no se hizo sentir en los pronunciamientos oficiales prevalecientes. Se concentró la atención en las dificultades del gobierno militar y flotaba una perspectiva más bien favorable para las aspiraciones democráticas. No se entendía que aprehender la realidad y debastir las deficiencias pro-

pios no son síntomas de debilidad, sino supuestos del accionar que pretenda alguna eficacia.

Así comenzó a entenderse por diversos sectores sin alcegar, no obstante, al conjunto de la izquierda. Quizás una rectificación más temprana del diagnóstico no hubiera cambiado en lo esencial el curso de los acontecimientos producidos. Tampoco era suficiente el acuerdo político de todos los opositores para desestabilizar al gobierno militar, a las alturas en que fue posible vislumbrarlo. Pero, es claro que en parte el afianzamiento de la dictadura se explica por la falta de presencia de un movimiento de oposición democrática resuelto, amplio y capaz de incidir en el cuadro político. La manera como transcurrieron las cosas dio amplitud adicional al campo de maniobra del régimen y le permitió sortear con mayor comodidad las coyunturas difíciles. Paralelamente, el movimiento popular, preso en la maraña de interpretaciones distorsionadas, soluciones ilusorias y esquemas orgánicos resquebrajados, retardaba el inicio de su necesaria renovación.

La embestida desatada con la convocatoria a plebiscito, la vertiginosa actividad desplegada en la imposición de las llamadas "modernizaciones" y las maniobras orientadas a conseguir una faz institucional, acabaron por tornar imposible el desconocimiento del grado de estabilización y de los designios del gobierno castrense.

Por otra parte, la exacerbación de los rasgos más agresivos de la posición norteamericana, impresa por la administración de Reagan, unida a los progresos que habían venido obteniendo las tendencias conservadoras en el ámbito internacional, agregó factores políticos de apoyo a la dictadura, que antes descansaba fundamentalmente en la solidaridad de los centros financieros y del mundo del gran capital.

Las experiencias recogidas alrededor del plebiscito y la evaluación de sus resultados, despojados de las adulteraciones introducidas por el régimen y las condiciones en que se verificó, forzaron a la izquierda -- y, es de esperar, a toda la oposición -- a tomar conciencia de las proyecciones que tiene sobre la sociedad la falta de una alternativa democrática perfilada con nitidez y provista de viabilidad.

El espectro franquista, sin olvidar los especificidades irrepetibles, sigue presente como telón de fondo, agravado

por las evidencias que hacen aún mucho más difícil esperar que la experiencia autoritaria tenga, al final, una salida hacia formas democráticas generadas en su propio seno.

Si bien no es posible sostener que desde el momento del asalto al poder estaba total y detalladamente prefigurado el proceso recorrido en la práctica, la gestión de la dictadura ha respondido a los motivos de su instauración. Las razones que lo inspiraron, las fuerzas que lo impulsaron y el contexto en el cual se verificó, imprimían el golpe de estado, desde la partida, un signo totalmente distinto al de los cuartelazos habituales en América Latina. Su objetivo esencial era asegurar la preservación del sistema capitalista de dominación y suprimir los riesgos de que pudiera ser nuevamente amenazado en el futuro. Estas preocupaciones pueden percibirse detrás de las medidas adoptadas en todos los campos. El nuevo ordenamiento constitucional puesto en vigor sobresale por su carácter excluyente y restrictivo, así como por la invención de mecanismos cuyo propósito fundamental es impedir la expresión política de todo movimiento que intente cuestionar o introducir rectificaciones liberalizadoras del verdadero chaleco de fuerza impuesto a la vida social. Las fuerzas armadas se comprometen institucionalmente en las tareas de tutela y control sobre el conjunto de la sociedad y se reservan el privilegio de decidir de manera unilateral cualquier aspecto relativo a la marcha de país.

El conjunto del andamiaje autoritario está permeado por una sola inquietud básica: la conciencia de que existe una clase trabajadora y una amplia mayoría nacional con extensa tradición de lucha, capacidad organizativa y conciencia política cuyas aspiraciones, intereses, valores y perspectivas para Chile es necesario contener, diluir y -- si es posible -- reemplazar, por cuanto son abiertamente contradictorias con las que la dictadura quiere hacer perdurar. Aquí reside el meollo del conflicto que vive la sociedad chilena.

La conclusión dista mucho de ser novedosa; ha sido repetida innumerables veces y difícilmente alguien se negaría a compartirla. Pero, como lo reflejan parcialmente los antecedentes a los cuales se viene de aludir, no parecen haberse extraído todas las consecuencias ni visualizado todas las implicaciones que ello conlleva.

Rectificación del diagnóstico y nuevos interrogantes.

1980 marca el punto de inflexión en el contenido del diagnóstico prevaleciente. Junto con el inicio de la nueva década, las aguas del fracaso terminaron por cerrarse encima de una visión que los hechos habían barrenado demasiadas veces y desde largo tiempo.

El período de desconciertos y tentativas erradas parece tocar a su fin, pues la izquierda y la oposición en su conjunto -- con las lógicas discrepancias de enfoque -- arriban a otra comprensión más acertada respecto de las bases de sustentación, la naturaleza y las pretensiones del autoritarismo chileno.

A pesar de equivocaciones, momentos críticos y contradicciones, Pinochet y quienes lo secundan se mantienen en el ejercicio de un poder prácticamente absoluto. Además, se confiesa el propósito de prolongarlo, en el mejor de los casos, durante toda la presente década y, eventualmente, más de la mitad de la venidera. Nadie abriga ya esperanzas de que la dictadura esté animada por la intención de regenerarse a sí misma o de abrir paso a la efectiva democratización del país. Por el contrario, lleva a la práctica, aceleradamente y sin concesiones, un proyecto de sociedad cimentado en el autoritarismo, la exclusión y el sectarismo con claras aspiraciones de perpetuación.

Además, se constata que la proyección hacia el futuro de las condiciones actuales de los sectores disidentes no alienta el optimismo en lo que concierne a las posibilidades de impedir la consumación de los designios del dictador.

El problema cobra, entonces, todas sus dimensiones: ¿Cómo poner término a un régimen que con los años avanza en la creación de hechos y el fortalecimiento de posiciones dirigidas a contener indefinidamente la lucha por establecer la libertad, la justicia, la independencia y el pluralismo en la sociedad chilena?

"El tiempo trabaja en su favor", reconocen crudamente los partidarios del gobierno militar. Y sería muy extraño que alguien dejara de hacerlo.

La respuesta a tales desafíos es obvia. En esencia, depende de la capacidad para volcar el balance de fuerzas en favor de la reconstrucción democrática. Pero es a partir de este punto donde se abre la más amplia y compleja gama de dudas, opciones y requerimientos que es indispensable resolver de manera correcta, a fin de poder emprender con paso firme el camino que conduce a la

liberación del país.

No sería aventurado anticipar que el decenio que se abre estará signado por los intentos que desplegará el gobierno autoritario para ahogar las reivindicaciones democráticas y conseguir la materialización de su proyecto. No parecen existir diferencias en la apreciación de la importancia del conflicto tanto entre las filas gubernamentales como en las de sus oponentes. La forma en que se resuelva sellará la evolución futura de la sociedad chilena por un período relativamente prolongado.

En efecto, la definición de los medios apropiados para garantizar la continuidad del régimen constituye uno de los principales terrenos de la polémica anudada entre las dos grandes corrientes de opinión que integran el bloque en el poder. Para unos, preocupados por cuanto "debe prolongarse en sus objetivos" ... "la lucha de fondo, en lo político, es la continuación del régimen o el desarrollo de una alternativa" (&). Otros, en cambio, postulan la necesidad de buscar mecanismos institucionales aptos para preservar, sobre todo, el esquema económico implantado y los intereses en los cuales se apoya.

Si bien la dictadura disfruta en el presente de condiciones de estabilidad indesmentibles, el problema central todavía no puede considerarse definitivamente resuelto: su permanencia en el poder no es producto de un consenso nacional, ni mucho menos, y el porvenir del sistema que se ha estado imponiendo, requeriría de la aceptación o del sometimiento resignado de segmentos sociales y políticos de la población que sostienen una actitud de rechazo.

La obtención de las metas del régimen significaría para los sectores mayoritarios del país, la necesidad de subordinarse a la hegemonía férrea de una fracción política y social extremadamente estrecha, así como limitarse a ocupar los espacios y desempeñar los papeles que les sean fijados. Sobre aquellos que permanecieran marginados de los centros de poder pesarían las amenazas y presiones tendientes a hacerlos admitir las limitadas concesiones que pudieran hacerseles so pena de perder toda tolerancia por parte del sistema. Satanizado por diversos capítulos, el movimiento popular quedaría sujeto a una precaria legalidad -- si no enteramente excluido -- o, en el mejor de los casos, se vería

(&) Declaraciones de Federico Willoughby, revista "Hoy", 15 a 21 de abril de 1981. Son conocidas las principales publicaciones ("El Mercurio", "La Tercera", "Realidad", "Ercillo") que recogen el debate, especialmente activo desde enero último, así como sus animadores más entusiastas (Jaime Guzmán, Pablo Rodríguez, Federico Willoughby, C. Céspedes).

forzado a diluir sus planteamientos y acciones.

Los diversos sectores contrarios a la dictadura se encuentran así en una situación ya bastante complicada pero, de no rectificarse las tendencias actuales, el futuro previsible aparece también preñado de peligros y signos adversos. Allí reside el desafío medular que siguen teniendo ante sí las clases y capas sociales subalternas, así como las organizaciones políticas que bregan por defender sus intereses y anhelos.

La solución no depende sino de la capacidad de los opositores para construir una fuerza que ponga en jaque el régimen, impida la cristalización de sus fines y ofrezca una alternativa real de libertad y progreso a la sociedad chilena. ¿Qué hacer para ello?

Podría --quizás-- reconocerse un relativo progreso para las aspiraciones liberalizadoras a consecuencias de la disipación de los antiguos errores en el diagnóstico sobre los alcances del esquema de dominación vigente. Ello permitiría imaginar nuevas respuestas más ajustadas al escenario real y a los requerimientos de la lucha.

Por otra parte, el espectro de estratos sociales y corrientes políticas afectadas por los males de hoy y las amenazas del mañana es muy vasto, lo que conforma las bases de una poderosa fuerza susceptible de ser movilizadas en contra de la autocracia castrense.

Aunque tales constataciones son importantes no parecen aún suficientes para producir un vuelco sustancial en el cuadro. Es obvio, por una parte, que los reajustes en el diagnóstico relativo al fenómeno dictatorial no bastan para la emergencia de perspectivas promisorias de lucha. En primer término, las rectificaciones en la percepción de los obstáculos y exigencias de la tarea debe cubrir en profundidad todos los aspectos relevantes y no circunscribirse sólo a algunos de ellos ni a tópicos puramente adjetivos. En seguida, la modificación en la óptica del análisis debe traducirse en proposiciones adecuadas a los requerimientos reales de la lucha y en guías para la acción que pongan en movimiento la energía social disponible y la hagan pesar en el proceso político.

Por otra parte, el potencial de las fuerzas antidictatoriales reviste magnitudes diferentes según el punto de vista desde el cual se las juzgue. Al nivel más general, de sectores disconformes o en desacuerdo con la experiencia militar, la opo-

sición alcanza su amplitud máxima. Pero la intensidad y las formas bajo las cuales se sufren los impactos represivos del régimen, así como los criterios con los que se evalúan los efectos de su proyecto y las posibilidades de inserción que pudiera ofrecer, hacen indispensable introducir calificaciones, énfasis y matices distintos al interior de la disidencia democrática. Aparte de las conductas diversas en que se expresa la posición de rechazo a la dictadura, hay que considerar las complejidades adicionales inherentes al intento de hacer concurrir las voluntades políticas en torno al diseño de una alternativa viable, provista de respuestas comunes, líneas de trabajo conjunto y soluciones precisas compartidas respecto de la infinidad de materias involucradas en la senda hacia la reconstrucción libertaria del país.

En realidad, todas estas cuestiones se encuentran muy lejos de haber sido dilucidadas en el caso chileno. Es cierto que, después de la ofensiva desatada por la dictadura a partir del así denominado "plebiscito constitucional", algunos de los integrantes de la oposición empezaron a reaccionar y revisaron sus orientaciones. Como es sabido, principalmente los partidos de la izquierda que habían depositado sus expectativas obstinadas en el frente antifascista, hicieron pública, uno tras otro, su comprensión corregida de la situación política y dieron un pronunciado viraje en la línea estratégica de su quehacer. En la medida que, además, se pasó a subrayar la necesidad del fortalecimiento de la fuerza propia y otros aspectos antes defendidos sólo por una parte de las organizaciones populares, pudo haber cundido la impresión de que despuntaban indicios prometedores de la pronta revitalización del accionar conjunto. Todos deseaban ver la irrupción de hechos que detuvieran las tendencias centrífugas que habían estado ganando mucho terreno en el campo de la izquierda.

Al mismo tiempo, se ha difundido un discurso destinado a reafirmar tales imágenes y a convocar la entrega de todo los esfuerzos detrás de los nuevos derroteros recién definidos. Rápidamente se extiende, también, el emplazamiento a hacer algo en contra de la dictadura, a suspender cualquier debate político y a delegar la superación de todas las discrepancias al poder unificador de la práctica conjunta. Por esta vía, se procura convencer de la justeza de los últimos planteamientos como si estuvieran reparadas las equivocaciones del pasado, y superadas enteramente las dudas, en virtud de lo cual lo único que resta es pasar a la acción.

Todo ello debería haber contribuido a crear un clima de agitación y de llamado a la lucha que no dejara lugar sino a la decisión de plegarse sin restricciones a dichos planteamientos. Pero, desafortunadamente, las condiciones son otras y no lo permiten. La forma unilateral en que se procedió a adoptar los nuevos pronunciamientos y la ausencia de argumentaciones fundadas para sostenerlos representan el primer elemento restrictivo de los propósitos unitarios que hubieran podido animarlos. Las presiones y la descalificación endilgadas en contra de quienes rehusan sumarse incondicionalmente a esas posiciones por estimarlas seriamente erradas, sepultan toda opción de entendimiento.

Más aún, la acumulación de experiencias fracasadas y de equivocaciones recarga los tonos sombríos y obliga a formular preguntas de todas maneras.

¿ Los mismos actores que antes encabezaron procesos derrotados o estériles se han desembarazado de sus debilidades y están calificados para encontrar -- ahora sí-- las respuestas correctas, hoy de mayor complejidad que en el pasado ?

Y, lo que es fundamental: ¿ Las líneas políticas y las estrategias ahora propuestas responden efectivamente a los problemas que han impedido al movimiento popular ser oposición real y entregan soluciones a las aspiraciones de la mayoría de la nación ?

Nada garantiza de antemano que así sea. Ningún principio abstracto suministra la clave de las respuestas correctas. Ninguna formación partidaria ha podido nunca pretenderse infalible. Tampoco es posible en Chile reclamar el pleno y disciplinado sometimiento a las instrucciones de organización alguna, no obstante la respetabilidad que mereciere, por el conjunto del movimiento popular. Menos todavía si se acompaña de cierta arrogancia y se postula el apego a patrones de conducta inalterables.

En verdad, se trata de percepciones y líneas políticas que se encuentran expuestas al análisis y el debate. Particularmente, cuando se asumen opciones que si bien no comprometen más que las responsabilidades de quienes las resuelven, tendrán repercusiones sobre el curso general del conflicto que vive el país y los distintos sectores que participan en él. No es por azar que se ha moldeado una enseñanza progresivamente extendida en la izquierda: la decisión de esforzarse por ver los hechos tal cual son y no de acuerdo con modelos oficiales.

La discusión es impostergable y su realización obliga a

a echar por la borda -- de una vez por todas -- los prejuicios, la autocensura y los tabúes con que se intenta rodear ciertos temas. No hay asunto ni sujeto político que puedan escapar a esta urgente revisión destinada a clarificar los cauces de la lucha contra la dictadura. Ya no cabe admitir el empleo del socorrido y conocido, pero definitivamente ineficaz, anatema de "anti". Con seguridad será blandido junto con otros epíteto sólo por parte de quienes siguen aferrados a manoseados esquemas, desgastados dogmas y distorsionadas visiones del mundo. Pero son, precisamente, los que así pudieren proceder quienes en la práctica han provocado y agudizado las disensiones en el seno de las fuerzas populares.

Ya no corren tiempos como para que alguien se atreviera a afirmar, con un mínimo de seriedad, que la tarea de derrotar al régimen pueda ser acometida exitosamente por algún grupo aislado de opositores, por una minoría activa o una vanguardia, a pesar de lo organizada, audaz y aguerrida que fuere. La envergadura de los esfuerzos y de las habilidades que entraña la lucha, exigen la contribución de todos aquellos que están en verdad comprometidos con los intereses y aspiraciones del pueblo chileno y con el destino nacional.

Para construir el nuevo consenso básico alrededor de la lucha democrática, es imperativo precisar orientaciones adecuadas a la realidad del escenario en el cual se desenvuelve. Está fuera de discusión la necesidad de hacer algo a fin de evitar la consolidación de una hegemonía autoritaria duradera. Pero -- y es una perogrullada -- se trata de hacer algo que sirva efectivamente al propósito de desarrollar el movimiento democrático. Las urgencias del momento no pueden impulsar al movimiento popular a la proposición precipitada de nuevas líneas carentes de viabilidad o lejanas de sus propias posibilidades de implementación, pues con ello sólo expondría las esperanzas populares a un nuevo fracaso, que se agregaría a los anteriores.

Asimismo, no se justifica el confinamiento en las puras labores de reflexión o a la espera de una democratización eventualmente proveniente de la propia evolución dictatorial, la cual -- según opinión general -- es altamente improbable. Con la misma honestidad requerida para analizar los errores propios habría que indicar que las miradas inquisitivas se dirigen también hacia otros componentes de la geografía política nacio-

nal, los cuales, a pesar de su adhesión a los principios de la convivencia democrática, aparecen objetivamente involucrados en la creación de las condiciones que facilitaron su arrasamiento. La toma de conciencia acerca de los verdaderos efectos precipitados por la ruptura del orden constitucional, ha resultado tardía y sus percepciones respecto de la forma de hacer frente a la dictadura han resultado igualmente ineficaces.

La situación ha alcanzado un punto en el que se debe indagar cuál es el camino correcto para impulsar la lucha sin mayores retardos. Esta búsqueda demanda, a la vez, esfuerzos de reflexión y de práctica. No se agotan en la pura reflexión teórica pero tampoco en el solo activismo.

El cumplimiento de este deber requiere voluntad, resolución y coraje como elementos que se encuentran indisolublemente asociados a cualquier perspectiva de victoria y pasan a ser decisivos en coyunturas críticas. Pero no bastan por sí solos para imponer objetivos o anticipar su logro por encima de la superación de los obstáculos que impone la realidad. El irrenunciable grado de realismo, por el contrario, no puede llevar a las apuestas cortoplacistas ni al pragmatismo, pues estos impulsan los comportamientos erráticos, las concesiones violatorias de principios esenciales y la afanosa búsqueda de oportunidades que se agotan a poco andar.

Casi con certeza los enunciados anteriores están expuestos a ser tildados de reiteración inútil de criterios conocidos en exceso. Sin embargo, no por ello son menos olvidados por quienes desempeñan o se atribuyen el papel de vanguardia y de conductores de las fuerzas populares, en todas las latitudes. La historia de América Latina brinda una cantera casi inagotable de la cual extraer ejemplos para ilustrar que la combinación equilibrada de factores resulta en la práctica mucho más esquivo de lo imaginable. No es casualidad que las frustraciones o los fracasos de las luchas populares en la región sobrepasen abrumadoramente a los pocos casos de triunfo final. La izquierda y el pueblo chileno deben escapar de esa dinámica que proporciona victorias gloriosas, pero efímeras, a cambio de derrotas dramáticas y prolongadas.

Para ello, es preciso avanzar en la tarea de repensar a Chile y a sí mismos en un proceso permanentemente enriquecido por la enseñanza de la práctica, pues constituye el único medio de estructurar una alternativa de vida para nuestra sociedad y la fuerza que, profundamente asentada en la realidad nacional, encontrará las formas propias de transformarla y de echar las

bases de un ordenamiento democrático sólido, a partir de la derrota de la dictadura.

A la luz de estas aspiraciones y criterios, se dará una mirada a aquellos aspectos que parecen relevantes para evaluar el estado en que el despuntar de los años ochenta encuentra al bregar democrático, a las nuevas respuestas que ensaya y sus perspectivas de avance ante los desafíos planteados por los intentos de perpetuación autoritaria.

La nueva lectura del problema y las reacciones que inspira.

Todos los factores se han entrelazado para imprimir al período actual los rasgos de una coyuntura crítica y decisiva. Al accionar del régimen se añaden las urgencias de quienes están en su contra por convertirse en verdadera oposición. Se enfrentan opciones, se adelantan iniciativas y principian a conformarse posiciones de largos alcances, con significados que rebasan los límites de lo circunstancial y cobran el carácter de definiciones duraderas. Es un momento en que los apremios parecieran tornar ineludable la explicitación de opiniones y el deslinde de responsabilidades.

La lectura rectificadora de la realidad hecha por los sectores antidictatoriales y las primeras reacciones motivadas por ella, han introducido un tono de emergencia a su quehacer y a su reflexión, tanto dentro como fuera del país. El proceso se encuentra todavía en pleno desenvolvimiento y es difícil anticipar las formas y los contenidos de su desenlace final. Las formulaciones conocidas, son escasas e incompletas pues inclusive las aparentemente más categóricas, contienen vacíos y dejan puntos en penumbra lo suficientemente importantes como para no poder considerarlos alternativas nítidas. O, por lo menos, no proporcionan ni sugieren criterios para encarar las exigencias asociadas a la lucha presente.

Con todo, es posible observar contornos, desentrañar lógicas de reflexión y percibir derroteros que comienzan a delinearse. Por lo demás, las respuestas que se prefiguran, si bien parecen aún incógnitas, tienden a obedecer a ciertas pautas de conducta, patrones conceptuales y estilos de reacción más o menos previsibles en el cuadro político chileno de hoy día.

Por eso, más allá de las imprecisiones derivadas de un debate en curso, no resulta excesivamente precipitado buscar explicaciones de la ausencia de determinados pronunciamientos o del carácter parcial de algunos de ellos.

En este contexto, el campo opositor ha estado fuertemente impactado por la súbita revelación de que un segmento de las organizaciones de la izquierda desplazaba radicalmente el centro de gravedad de su línea política. Tales planteamientos son conocidos de sobra y se hará referencia sólo a los aspectos que se estiman pertinentes para las reflexiones posteriores.

El meollo de estos razonamientos, en su versión original y básica descansa en la revisión de la estrategia seguida durante los años anteriores por la oposición. Se declaran canceladas las posibilidades de liberalización gradual del régimen y se postula la necesidad de pasar a una etapa de lucha abierta en contra de la dictadura, en la cual se enfatiza el papel que debería jugar la violencia. Los fundamentos de la conclusión -- como ya se ha advertido por distintos análisis -- son muy escasos y, en general, no hacen muchas referencias a antecedentes que no fueran conocidos con bastante antelación. Se alude también a la importancia de la clase obrera y de las masas, así como de la unidad de todos los antifascistas, en la tarea de enfrentar a la tiranía, pero es la visión sobre las formas de lucha en donde radica la espina dorsal de dichas posiciones.

Posteriormente, algunos otros partidos de la izquierda se fueron pronunciando en el mismo sentido. En algunos casos, se añaden matices o reflexiones más elaboradas en su presentación, pero la línea esencial es idéntica. De acuerdo con ella, todos los esfuerzos del movimiento popular chileno deberían concentrarse en el ajuste de la nueva estrategia y de las reformulaciones tácticas correspondientes. En ninguna de las explicitaciones conocidas hasta ahora se revisa críticamente el trayecto seguido con anterioridad por las mismas organizaciones que adoptan esta nueva perspectiva ni se intenta explicar -- o, por último, justificar -- el comportamiento observado a partir del golpe de estado y las posibles causas de su ineficacia. Por el contrario, se atribuyen a terceros las esperanzas en la evolución progresiva de la dictadura hacia modalidades crecientemente democráticas y las ilusiones de ubicar salidas políticas. Simultáneamente se reconoce especial importancia a la convocatoria a plebiscito y a los afanes institucionalizadores de la tira-

nía como testimonio de sus propósitos de permanencia en el poder y acontecimiento decisivo en la toma de conciencia de que la actividad opositora requería un drástico golpe de timón.

Son de sobra conocidos los antecedentes de hecho y elementos de juicio, así como análisis políticos efectuados en la propia izquierda, que desde hace años ponen de manifiesto la naturaleza del proyecto en el cual se encuentra empeñada la dictadura. Sin ánimo de despreciar los significados que tiene el plebiscito para el régimen, no puede dejar de reconocerse que se encuentra plenamente inscrito dentro de la lógica y la dinámica que éste viene manteniendo en el curso de toda su gestión. Es más, las previsiones acerca de su celebración eran ya muy antiguas y sólo se especulaba sobre la oportunidad. No ha podido, por ende, resultar sorpresivo en sentido alguno.

Contrasta con lo anterior, la preocupación exhibida en orden a criticar severamente la línea de oposición observada por el "centro político". Resulta casi absurdo -- por no decir otra cosa -- recordar que ese era el destinatario de los llamados que con metódica frecuencia formulaban organizaciones de la izquierda y al cual se le ofrecían acuerdos sin condiciones. Aquí se encuentra la razón por la cual suele afirmarse que la Unidad Popular careció durante todo ese tiempo de estrategia para encauzar su quehacer antidictatorial. Es verdad que no diseñó una estrategia propia pero tuvo una que pasaba necesariamente por la que aplicaban aquellos sectores con los cuales se estimaba indispensable aliarse para constituir el frente antifascista.

Estas reacciones llaman la atención sobre otro tópico que cobra importancia creciente: la necesidad de renovación de estilos políticos. Precisamente, el método de juzgar las responsabilidades de otras fuerzas políticas e ignorar toda mención a las propias, es la mejor evidencia del apego invariable a estilos políticos cuya superación definitiva resulta inaplazable. Pero esta exigencia -- enfatizada por el movimiento popular desde Chile -- no pareciera inquietar a las recientes formulaciones. No se constata en ellas ningún intento de preguntarse si, por encima de los problemas de estrategia concurren debilidades propias de las respectivas formaciones partidarias; si no subsisten errores en la óptica que éstas han empleado para analizar el proceso político nacional y percibir la realidad; si no se ha perseverado en deficiencias teóricas y prácticas que inciden en el modo cómo la sociedad chilena percibe a la izquierda.

En síntesis, no se reflexiona a fondo sobre la diversidad de causas que podrían haber influido en la derrota de 1973, en la esterilidad del accionar de los años subsiguientes y que podrían conducir al fracaso de las nuevas respuestas que se intenten. Nada de esto surge en los planteamientos actuales y el razonamiento se lleva adelante concentrado en el problema del actuar, como si lo sucedido en Chile no obligara a lanzar mirada introspectiva alguna sobre las organizaciones que de una u otra forma, han estado directamente involucradas en esos acontecimientos.

Y tales interrogantes parecen ya ineludibles, pues al margen de las debilidades propias de la línea opositora prevaleciente durante los años transcurridos desde el golpe militar -- que no eran pocas -- existen una serie de factores que constituyen los supuestos previos de la viabilidad de cualquier diseño político. Si ellos no se cumplen, toda estrategia, no obstante lo acertada o lúcida que pueda ser, ofrece pocas probabilidades de ser coronada por el éxito. Pensar que los únicos obstáculos que debería superar la oposición para reanimar la lucha democrática se reducen a las formas de actuar, a los aspectos puramente orgánicos o a la búsqueda de monolitismos, conduce al menosprecio de problemas de bulto.

El segmento de la izquierda que ahora limita sus rectificaciones al dominio de la estrategia entiende los desafíos de otra manera. Es así como no hace ninguna alusión al tema del proyecto político ni a la alternativa que presenta para el futuro del país. Las declaraciones generales sobre la democracia, la justicia y la libertad como objetivos del accionar antidictatorial no se hacen cargo de la profundidad de los problemas políticos y teóricos envueltos en la lucha. Reconocer su trascendencia sólo a nivel retórico pero descalificar la preocupación para hacerlos aflorar de manera expresa y los esfuerzos encaminados a encontrarles respuesta, significa derechamente negarse a asumir una de las problemáticas que afectaron con seriedad el quehacer de la izquierda en el pasado y cuya solución es hoy día insoslayable. Sin embargo, esa es la actitud que mantiene una de las corrientes del movimiento popular: invita a dejar atrás con celeridad tales inquietudes consideradas "ideologizantes" y hace residir en la sola práctica el instrumento esencial del cual dependerá el ensanchamiento de las fuerzas democráticas y su unificación.

Por el momento, dichas posiciones han ejercido un doble efecto sobre el conjunto de sectores contrarios a la dictadura. Por un lado, incrementan la dispersión y agudiza las trizaduras; por el otro, ayudan a clarificar las discrepancias, pues las coloca en un dominio político prístino que no deja lugar a la interferencia de factores de otro orden en la configuración de las opciones ideológicas, teóricas y prácticas que están presentes en la izquierda chilena. Ello ha incentivado un debate que en la actualidad no se reduce a identificaciones ni toca únicamente instancias partidarias, sino recorre el cuerpo de todo el campo popular.

Es necesario admitir, al mismo tiempo, que las restantes organizaciones, tendencias y corrientes de opinión integrantes de la izquierda, con una visión distinta del proceso político nacional y de las exigencias de las reivindicaciones democráticas, no se encuentran tampoco en condiciones de exhibir logros concretos realmente significativos como fruto de su quehacer. Las reservas formuladas ante las orientaciones y los procedimientos prevalecientes con anterioridad y, ahora las discrepancias con las perspectivas que se limitan a proponer rectificaciones en los métodos de lucha, han proporcionado puntos de coincidencia entre ellas relativamente sustantivos. Sus diagnósticos -- más o menos comunes -- sobre la crisis teórica, política y orgánica del movimiento popular y el carácter apremiante de la necesidad de superarla -- que los hechos parecen confirmar -- constituyen premisas de líneas de trabajo cuya eficacia podría multiplicarse si se aplicaran las diversas energías de manera concertada. Pero el ensayo de distintas iniciativas y obstáculos de naturaleza variada han impedido la emergencia de proposiciones perfiladas con claridad, alrededor de las cuales sería posible articular importantes y decididos esfuerzos del movimiento popular.

Esta sumaria revisión de las reacciones provocadas por la reciente ofensiva dictatorial entre los sectores contrarios al régimen, obliga a referirse al centro político, que no entrega todavía pautas definidas y expresas acerca de los lineamientos por los cuales guiará su actividad futura. Parecen subsistir las inclinaciones a robustecer las fuerzas destinadas a respaldar una alternativa propia e independiente que explora y deja abierta distintas opciones. Se desplaza dentro de los espacios existentes en el régimen actual y aquilata las perspectivas de su desarrollo como fuerza opositora para el evento que ese esquema llegue a prolongarse. A la vez, no descarta las posibilidades que podría brindar el eventual ascenso de pre-

siones ejercidas sobre el régimen por diferentes fuerzas críticas o abiertamente disidentes. Estas actitudes no son caprichosas, obviamente, y pueden obedecer a una multiplicidad de factores, entre los que cabría tal vez contar: una evaluación particular de los resultados del plebiscito; el nuevo escenario internacional y las orientaciones de los fenómenos que concurren a configurarlo, uno de los cuales sería la política norteamericana presente; los enjuiciamientos no del todo negativos de una evolución posterior del cuadro político marcada por los sesgos que caracterizarían el proyecto animado por los sectores del bloque dictatorial calificados por la prensa como "blandos".

Por estas y otras razones, no es, en fin desconocida, entre quienes comparten las aspiraciones democráticas, la disposición a esperar lisa y llanamente el advenimiento de tiempos mejores para ocupar, entre tanto, los intersticios disponibles aunque sus proyecciones políticas sean restringidas.

Incontestablemente, los elementos consignados tienden a alimentar ciertas inclinaciones al pesimismo, el desconcierto y la resignación que suelen aflorar. Con ellas cobra fuerza el espectro de una dictadura inatacable, invencible e irreversible a la cual se opone una contestación sin convicciones ni fe, casi refleja, o bien estimula las reacciones desesperadas. Si tal estado de ánimo llega a proliferar el interrogante retomado para iniciar estas páginas pasaría a revestir el carácter de una premonición ineluctable. Es cierto, los tiempos son difíciles y poco propicios para el optimismo. Pero así como eran infundadas las previsiones triunfalistas del pasado no puede caerse en el extremo totalmente opuesto. Pensamos que existen bases objetivas para desarrollar una lucha dirigida a impedir la perpetuación del régimen autoritario y construir una forma de convivencia que tenga sus pilares fundamentales en la democracia, la justicia, el pluralismo y la solidaridad entre los chilenos. Se trata de una lucha prolongada, cuyos resultados no están al alcance de la mano ni mucho menos garantizados. Por el contrario, dependen de la resolución, de la unidad y de la capacidad de las fuerzas opositoras para resolver con imaginación, creatividad y realismo los desafíos que surgirán en el proceso destinado a materializar esos anhelos.

El proyecto autoritario : algunas consideraciones acerca de sus caracteres y estado actual.

Los estudios motivados por la necesidad de comprender los efectos y las perspectivas de la política aplicada por la dictadura durante estos años, son extraordinariamente numerosos y variados. Cualquiera de los esfuerzos realizados para inventariar los títulos de las investigaciones, ensayos, monografías y toda suerte de libros, artículos y documentos relativos a la situación chilena, a pesar de su cobertura limitada -- que todos se anticipan a establecer -- arroja resultados llamativamente voluminosos. Es de pensar que un catálogo exhaustivo de todo lo escrito -- si fuere posible hacerlo -- daría lugar a un texto de dimensiones insospechadas.

La aparición del fenómeno -- que admite diversas explicaciones -- no deja de representar una novedad saludable respecto los que fueran los ejes de la actividad política tradicional en nuestro país altamente dominada por el pragmatismo y los apremios del accionar cotidiano. Los esfuerzos de reflexión no estuvieron del todo ausentes y en ocasiones presentaron caracteres de originalidad que contribuyeron a la mejor comprensión de la problemática nacional. Pero no ocuparon, con la continuidad ni la intensidad que hubiera sido conveniente, la atención de las instancias capulares superiores de las organizaciones partidarias. Particularmente en la izquierda, el pensamiento oficial permanecía en gran medida constreñido dentro de ciertas concepciones y actitudes más o menos convencionales, que daban escasa acogida a las aproximaciones analíticas creativas y a los progresos en la reflexión teórica.

Las enseñanzas de la misma vida han producido un cambio significativo en este como en otros dominios. El devenir de la realidad nacional y su comprensión acertada son objetos de la preocupación creciente de las formaciones partidarias chilenas. Ello, obviamente, no basta para provocar cambios en el cuadro político, pero sí reviste valor innegable en la medida que puede traducirse en un accionar más eficaz de los sectores contrarios a la tiranía.

1.- La diversidad de proyectos.

Sólo con el andar del tiempo fue haciéndose mayor claridad respecto de la pluralidad de proyectos concurrentes al interior del

bloque dictatorial. En el período inmediatamente posterior al golpe semejó revelarse la importancia de las concepciones "geopolíticas" y de la ideología de la "seguridad nacional" que habían pasado a ser el pensamiento oficial de las fuerzas armadas chilenas -- y latinoamericanas, en la mayoría de los casos -- desde bastante tiempo antes. Aunque con rezago, prendió la preocupación por conocer el contenido de dichas formulaciones, sus raíces y el papel que les correspondía dentro del sistema de defensa hemisférico montado bajo la égida del Pentágono y de los diseños norteamericanos. Después de haber sufrido las consecuencias de una declaratoria formal de guerra, quedó de manifiesto que los aprestos bélicos, la capacitación técnica y los planes de los ejércitos de la región estaban en gran medida dirigidos en contra del "enemigo interno", identificado con la clase obrera y los pueblos de nuestros países.

Se tendió entonces, a reconocérselos el rango de ideología única y permanente que ordenaría la conducta del régimen en todos los terrenos. Ello no resultaba, empero, inexplicable. El aparato gubernamental estaba virtualmente copado por militares y eran las distintas ramas las que ejercían en forma casi absoluta el mando del país. La doctrina de la "seguridad nacional" había sido el elemento justificador para las fuerzas armadas de su brutal irrupción en el escenario político nacional, del arrastramiento de la institucionalidad democrática y de la represión criminal desatada en contra de sus propios connacionales indefensos. Era la feroz dominación por el objetivo de enquistar al "enemigo", de destruir el movimiento popular y a aquél debían sujetarse las acciones en todos los "frentes".

Los sectores civiles que constituían el entorno de la conducción militar ocupaban un sitio subalterno en la ejecución de la "operación limpieza" llevada a cabo por las instituciones represivas. Las atribuciones relativas al área económica aparecían en cierto modo delegadas en funcionarios no-militares y las líneas centrales de la política respondían a ciertos objetivos cardinales: restablecer las condiciones básicas de funcionamiento del mercado; contener el proceso inflacionario; revertir las transformaciones introducidas por el Gobierno Popular en la propiedad y administración de los medios de producción y generar la confianza de los medios financieros y empresas internacionales.

De inmediato, se expresaron también, algunos consensos básicos sobre la necesidad de someter a serie revisión la organización capitalista dentro de la cual se había desarrollado el proceso de industrialización nacional durante décadas (+).

Pero el contenido de esas rectificaciones y las opciones estratégicas para el futuro no eran las mismas. Había quienes pensaban en que lo fundamental era el retorno al gobierno civil y concebían una reorientación económica que no volvía totalmente las espaldas a los grandes parámetros imperantes en las épocas anteriores. " Patria y Libertad ", empezó a exteriorizar algunos de los planteamientos que serán la base de lo que luego devino en el mal llamado sector " nacionalista ". Al lado de los anteriores, sin ocupar todavía posiciones de primera fila, encontraban espacios en el equipo gubernamental los portavoces criollos de la ideología que Samuelson denomina " fascismo de mercado ".

La constelación de grupos, corrientes y organizaciones nucleadas en el gobierno era todavía más amplia y heterogénea. Las presiones y solicitudes tenían distintas fuentes y metas. Con seguridad, muchos de los puntos conflictivos posteriores no eran aún percibidos con claridad ni todos los diferentes programas estaban afinados. Pero las visiones que vienen de mencionarse son las que poseían mayor grado de vertebración y estaban imbuidas de una clara intencionalidad política que pugnaba por imponerse en el seno del gobierno.

De ellas, como lo prueban numerosos testimonios expresos, los seguidores del esquema conservador friedmaniano formaban un grupo férreamente cohesionado que se había venido estructurando con antelación al conjuro de los preparativos sediciosos. Los temas de sus debates no eran, como lo han pretendido hacer creer, la discusión de planes de gobierno, sino del camino para poner en práctica sus concepciones ideológicas. En cuanto al programa de acción no había nada que discutir, pues las recetas son simples y únicas, independientemente de la economía de que se trate : son " fanáticos religiosos, fanáticos cuya religión es el mercado de " laissez faire ". Entonces, hacen retroceder el reloj de la historia. Se deja libre el mercado y se controla estrictamente la oferta monetaria " (++)

(+) Armandó Arancibia, " La vía chilena a la pauperización y la dependencia " Revista " Economía de América Latina ", México, septiembre de 1978. Tomás Moulian y Pilar Vergara, " Estado, Ideología y Políticas Económicas en Chile: 1973-1978, CIEPLAN, Santiago, octubre de 1979

(++) Paul A. Samuelson, " La Economía Mundial a finales de siglo ", ponencia presentada al Sexto Congreso Mundial de Economistas, México, agosto de 1980, p. 38.

A comienzos de 1975, el gobierno militar hizo suyo el modelo neoliberal como la estrategia oficial de desarrollo. De esta forma, pasaron a coexistir las formulaciones de la seguridad nacional y de la economía de mercado como ordenadores de la conducción del país. Si bien pudieren presentarse áreas de fricción entre ambos discursos, parecen no ser por definición enteramente incompatibles. En realidad, las concepciones de la seguridad nacional no contienen un cuerpo sistematizado de ideas relativas a las modalidades que debe seguir el proceso económico. En los hechos, ha admitido lecturas distintas al respecto : la realizada por los militares brasileños ha favorecido un decidido impulso industrializador; las fuerzas armadas argentinas, durante el período en que Videla encabezó la tiranía, avalaron la política ortodoxa de Martínez de Hoz, pero le fijaron ciertos límites y la experiencia no estuvo exenta de conflictos entre los propios mandos militares; en el seno del mismo ejército chileno se dió en el pasado a esta doctrina una interpretación económica distinta de la actual.

En este cuadro, los sectores " duros " han centrado sus presiones al interior del bloque gubernamental por imponer la búsqueda de una ecuación política que asegure la perpetuación de la presencia institucional de las fuerzas armadas como origen fundamental del poder, con supresión de toda posibilidad de ingerencia de los partidos políticos. Este sería el único medio de cerrar el paso a una democracia liberal y a los " riesgos de penetración del marxismo " que este sistema entrañaría. La creación de un movimiento cívico-militar y la definición de una política económica sobre principios alejados de los hoy prevalecientes, son los puntos básicos de su programa actual.

A nadie ha escapado que a través de la polémica entre " conservantismo de mercado " y " duros " se juegan las formas de consolidar el capitalismo en la sociedad chilena y la suerte de las fracciones que aspiran a hegemonizarlo.

En todo caso, el consenso es pleno entre las diversas corrientes, respecto del objetivo esencial : seguir " hasta el punto en que sea de veras imposible o extremadamente difícil el regreso al socialismo " (+)

(+) " El Mercurio ", 2 de febrero de 1981.

2.- El " dogmatismo del mercado " es, en esencia, un
proyecto político

El debate reciente debería de terminar por dejar en claro un aspecto que los epígonos locales del pensamiento de Chicago se han ocupado de disfrazar cuidadosamente : el carácter esencialmente político e ideológico de sus concepciones. Desde que obtuvieron la dirección máxima de la economía chilena presentaron su programa como exclusivamente técnico y a sí mismos como los únicos poseedores del pensamiento verdaderamente científico. La campaña de prensa orientada a intoxicar a la opinión pública se esfuerza por crearles una imagen de cuadros profesionales de la más alta calificación y adornados de todo tipo de virtudes.

Ahora debería resultarles más difícil encubrir su condición de instrumentos de un proyecto político orquestado a escala internacional : la " nueva derecha " que arremete en contra de la igualdad. Resurgen con ellos " las viejas ideas de una extrema derecha rechazada en una cuasi-clandestinidad desde la derrota del nazismo, para ayudar, a pesar de aparentes incompatibilidades históricas, las tesis de un neoliberalismo cuya única novedad, tal vez, consiste en inspirar directamente la filosofía de las dictaduras militares del tercer mundo que han llegado a ser pilares del sistema capitalista mundial " (+).

La crisis y los reajustes a los que se encuentra sometido el sistema económico capitalista, desde la década pasada, en que la grandes empresas y los grandes intereses deben romper resistencias, acelerar transformaciones y crear las condiciones apropiadas para las nuevas definiciones, la ideología conservadora descubrió estímulos para su revitalización y resquicios para presentarse como alternativa de poder.

(+) Micheline Daunet ; " Les tentations idéologiques d'un libéralisme en crise ", en " Le Monde Diplomatique " mayo de 1981. Es conocida la empresa político-comercial destinada a dar dimensiones internacionales a la divulgación del pensamiento de Milton Friedman -- televisión, radio, video-cassettes, libros, revistas, etc -- . Quienes financian su lanzamiento son antiguos conocidos en Chile : Pepsi-Cola, Reader's Digest y muchas otras grandes firmas norteamericanas.

El blanco preferido de sus ataques : el llamado " Welfare State " ; la activa participación del Estado en la orientación del crecimiento económico ; el sostén y la expansión de la demanda gracias a las políticas de redistribución de ingresos (medidas fiscales, seguridad social).

En última instancia, se postula que la preocupación por la igualdad no se compece con la libertad ni la justicia. Inclusive, se pretende encontrar en la naturaleza las bases de la desigualdad entre los seres humanos y de la competencia salvaje en todos los dominios de su existencia, que asegura el triunfo de sólo los más fuertes. La lógica de la vida se resume en la imagen de " los dientes y garras sangrantes de la naturaleza ". R. Dawkins, inglés, E.O. Wilson, norteamericano, son dos de los principales exponentes de estas teorías, que han dado nacimiento a la socio-biología como pretendida nueva disciplina científica.

La selección natural -- afirman sus seguidores -- exige restaurar el prestigio y la supremacía de los " élites ", pues la igualdad " es una injusticia que afecta a los mejores " y " toda evolución es hecha por un pequeño número de personas particularmente dotadas ". En todos los ámbitos, el que triunfa se debe únicamente a sus propios méritos y el que fracasa a sus solas debilidades. Aplicado el caso chileno, la situación desigual en que se encuentren a lo largo de los años un hijo de Cruzet Larraín y de un poblador desempleado no se explicaría más que por los esfuerzos y atributos personales de cada uno, pues las oportunidades serían iguales para los dos, de acuerdo con este enfoque.

¿ No son una simple expresión de tales posiciones la casi desaparición de los gastos sociales, el abandono de las actividades del sector público destinados a permitir el acceso a la salud, a la vivienda y la educación a vastos sectores de chilenos sin recursos y los invariables argumentos de las autoridades oficiales para justificar esas disposiciones ? Bajo el pretexto de que no se destinaban a quienes los requerían realmente se suprimen del todo y no los recibe nadie. En sustancia, el discurso dictatorial deja entrever sin lugar a equívocos, su acusación en contra de las personas desposeídas porque no se preocuparían por sostenerse a sí mismas.

¿ No es expresión de ese elitismo que otorga sólo a un puñado de auto-elegidos el derecho a gobernar el mundo la afirmación de la revista " Realidad " de que no es necesario el convencimiento

previo de la ciudadanía para la aplicación de medidas por el gobierno, porque ellas " sólo convencen a la gran masa ante sus resultados " ?

En verdad, todas estas corrientes ultraliberales cultivadas en las universidades británicas y norteamericanas pretenden proveer el fundamento de las leyes de la naturaleza a valores como el individualismo, la competitividad, la libre concurrencia y la ganancia.

Desde luego, ninguna de esas inspiraciones es confesada por los ultraconservadores criollos. Al contrario, " es necesario ser prudentes en el vocabulario empleado ", (...) pues " los objetivos políticos no deben ser develados (..). Nosotros debemos presentar nuestros objetivos sobre todo como una revolución intelectual y moral y no abordar la estrategia política sino con extrema prudencia" (+). En el caso chileno se constata la estricta observancia de este diseño tático de simulación escogido por la extrema derecha a nivel internacional para avanzar hacia posiciones de poder.

Incorporados al régimen dictatorial en calidad estricta de técnicos cuya única preocupación era de su campo específico de funciones, el equipo económico ha llegado a verse desembozadamente comprometido en un debate de naturaleza esencialmente política y encabeza uno de los bandos que pretende imponer los patrones para el futuro de la sociedad chilena. Aunque concebido y divulgado en los países industrializados, el proyecto encontró en Chile campo propicio para ofrecer su solución a la aspiración de sobrevivencia del capitalismo mismo. Nuestro país fue el campo de experimentación de esas nuevas formulaciones de la extrema derecha, impuestos después en algunos otros sitios.

3.- La conquista de la hegemonía : tarea pendiente

De cara al futuro y a pesar de la estabilidad conseguida, así como de los progresos obtenidos en los afanes de institucionalización, los círculos gubernamentales no estiman satisfechos todos los requisitos de afianzamiento definitivo del sistema. En efecto,

(+) Boletín interior del " Grupo de Investigación y Estudios sobre la Civilización Europea" (GRMCE), febrero de 1969, citado por Cristián de Eche, " El discurso Orquestado en contra de la igualdad ", " Le Monde Diplomatique ", mayo de 1981.

el gobierno no ha llegado a constituir un movimiento cívico ni organización política de respaldo, pues las diversas iniciativas -- el MUM lanzado en 1975 y, recientemente, la convocatoria hecha por el propio Pinochet, a crear el Movimiento Cívico-Militar -- no lograron prosperar. Y si bien el Frente Juvenil de Unidad Nacional perduró, su capacidad de irradiación resultó muy estrecha. La impotencia para generar la amplia movilización de la juventud en favor del régimen ha sido reconocida expresamente como seria debilidad por algunos voceros, ya que incide en un sector social cuya significación no requiere comentarios.

Por otro lado, tampoco la dictadura ha conseguido transmitir un ideario integrado y coherente que haya sido internalizado por el conjunto de la colectividad.

Las concepciones de la seguridad nacional cumplen el rol -- sin duda importante -- de proveer la matriz ideológica homogeneizadora del pensamiento de las fuerzas armadas y las justificaciones de su presencia institucionalizada al frente del poder estatal. Pero no traspasan los linderos de los recintos militares y pareciera que no están llamadas a hacerlo sino al nivel de ciertas nociones más generales.

La doctrina ultraconservadora del mercado es principalmente el patrimonio de los encargados de la dirección de la economía nacional, de los círculos tecnocráticos vinculados a ellos, de los grupos en cuyas manos se condensa la riqueza del país y de algunos otros sectores. Es claro que éstos han desplegado sistemáticos esfuerzos tendientes a hacer penetrar sus teorías en los institutos armados y facilitan su asimilación a través de formulaciones que las tornan convergentes con los enfoques de la seguridad nacional. El éxito de la operación es indiscutible y las resistencias enfrentadas son menores aunque recaen en dominios críticos para la cabal realización de los propósitos del proyecto económico, cual la negativa a privatizar las empresas de la Gran Minería del Cobre. Salta a la vista lo que significaría la transferencia de las riquezas cupríferas en términos de ampliación de la capacidad de captar excedentes por parte del circuito privado de acumulación y rotación de capital.

Asimismo, los medios de comunicación social, los programas de enseñanza y todos los instrumentos aptos para influir en la opinión pública son puestos al servicio de la divulgación de los méritos

y potencialidades del modelo económico y social del mercado.

Sin embargo, esta ideología no parece haber conquistado aún verdadera hegemonía, en el sentido pleno del concepto, al interior del cuerpo social. Numerosas declaraciones públicas de personeros próximos al gobierno dan cuenta de tales preocupaciones. Pero el desafío es valorado de distinta manera por las diversas corrientes del bloque dictatorial y son también diferentes las soluciones concebidas.

La posición chicaguense no atribuye tanta proyección a la búsqueda de consenso alrededor de un proyecto social y de un esquema ideológico como a su creación por las vías de hecho. En la medida que cada persona se ve compelida a actuar en todos los órdenes de su existencia de acuerdo con las normas de mercado, adoptará patrones de conducta regidos por la persecución de la máxima ganancia personal. La "racionalidad económica" es aplicable no sólo a las operaciones comerciales sino a todo tipo de decisiones del individuo, sea que se trate de adquirir cualquier bien o servicio, de realizar un acto caritativo o de tener un hijo. Los límites a los cuales se ha llegado en la interpretación de las decisiones personales mediante este esquema reduccionista sobrepasan lo sorprendente y sería útil divulgar algunos de los trabajos publicados por connotados profesores de la Universidad de Chicago para entender los principios que aspiran a generalizar. En esencia, se procura introducir el mercado hasta en el último rincón de la organización social y de la existencia humana. Así el mercado recubre toda la vida social, familiar y personal que se reduciría a una infinidad de cálculos costo-beneficio. Los comportamientos humanos quedan uniformados y sometidos a la premisa que demanda la permanencia del mercado: individualismo, egoísmo, aniquilamiento de la solidaridad y despreocupación por las consecuencias que puede acarrear a terceros la conducta propia que maximiza el logro personal. Por ello adquiere tanta importancia para esta concepción eliminar o reducir al máximo el poder de mecanismos -- asociaciones profesionales, sindicatos, organizaciones comunitarias -- por medio de los cuales los hombres puedan reunirse para defender intereses compartidos. Adicionalmente, en la situación chilena, el debilitamiento de las organizaciones intermedias sofoca sus posibilidades de generar presiones o planteamientos contestatarios. En suma, cada persona debe quedar expuesta de la forma

más aislada que sea dable lograr ante las fuerzas que gobiernan el intercambio y en la misma medida le será difícil percibir áreas de intereses comunes con otros seres humanos. Y en cuanto el éxito depende de la sola acción individual, la asociación con terceros sólo se justifica si reporta beneficio personal, desconsiderándose todo beneficio colectivo que no redunde inmediata y directamente en tal ganancia particular.

Sobre esta base se exploran en seguida las fórmulas para asociarle a todo individuo un interés pecuniario que sólo el sistema le pueda proveer: "este sistema convierte a todos los trabajadores, por modestos que sean, en propietarios privados, los hace dueños de un activo de valor significativo por el cual han de velar y que han de aprender a atesorar. Esto introducirá cambios en la conducta política de aquellos que antes se embarcaban en aventuras irresponsables". El intento no es nuevo, si bien esta vez se procura dotarlo de contenido material, pues en el pasado se mantuvo al nivel del discurso de la derecha criolla que presentaba al comerciante o artesano más pequeños, poseedor de una herramienta o efecto de comercio de mínimo valor objetivo, como empresario cuyos intereses estaban indisolublemente ligados a los del gran banquero o industrial.

Como es innecesario repetir los motivos por los cuales el sistema está incapacitado para brindar a todos un capital o activo verdadero, particularmente en las condiciones chilenas, resta por subrayar los artificios desplegados por los funcionarios a fin de descubrir los intereses materiales que podrían inducir a los chilenos a ver su suerte ligada a la del régimen. Al decir de la revista "Realidad" uno de ellos sería la reforma previsional que pasa a funcionar sobre la base de la capitalización individual. Al menos por el momento, no se ubican otras con facilidad. Habría que añadir, no obstante, que sin perjuicio de la funcionalidad fundamentalmente política que podría asignarse a los cambios en la provisión, ellos entregan cuantiosos recursos adicionales a la intermediación financiera privada y a los negocios.

Un resorte subjetivo adicional del modelo se sitúa en la exaltación y estímulo del consumismo, que contrasta fuertemente con los hábitos antes prevalecientes y las posibilidades del país. Por sí mismo llamado a desempeñar un papel privilegiado dentro del diseño gubernamental, la importancia de este factor debe reforzarse

ante la eficacia inferior a la prevista de otros expedientes. La importancia irrestricta y masiva de bienes, el bombardeo de la publicidad, las amplias facilidades crediticias y los métodos de comercialización se alinean para ofrecer sólidas bases a la liberación de los consumos, en particular, de artículos duraderos. Los escaparates plenos de productos importados, la proliferación de ofertas y el uso de los programas televisivos incentivan las aspiraciones y las esperanzas de tener acceso a la adquisición de estos bienes.

Los objetivos de esta política han sido ampliamente comentados : crear la imagen de abundancia, desviar la atención y los esfuerzos hacia la satisfacción de los anhelos de consumo, transformar la tenencia de artículos en metas de la actividad de las personas y de las familias. Se ordenan los comportamientos, la calificación y formación educacional, en fin, el quehacer humano tras la obtención de los recursos monetarios que abren las puertas a los símbolos de posición social.

Los fermentos del proceso estaban presentes desde mucho antes en la sociedad chilena y están difundidos por doquier. Las causas son también sabidas : el conocimiento de la existencia de nuevos y variados productos que suministran los medios de comunicación ; la internacionalización de las actividades productivas de bienes duraderos sobre las cuales se dinamizó la expansión de la industria nacional en los años sesenta ; la aspiración normal de la gente a disfrutar de las nuevas posibilidades de satisfacer sus necesidades y de los frutos del progreso técnico. El régimen se ha encargado de levantar toda barrera a la expresión de estas pautas de consumo y favorece la ilusión de que se encuentran al alcance de cualquiera, en la medida que concentre las energías suficientes en su logro. Cuenta para eso con el hecho de que por lo común las personas se resisten a admitir resignadamente que están impedidas de acceder a esos bienes. Más aún, cuando el discurso oficial, repetido con insistencia, hace depender las posibilidades de la capacidad y laboriosidad del solo individuo.

Además, la intensificación consumista y el subsecuente ensanchamiento de las actividades del comercio, los negocios de importación, los servicios complementarios de mantenimiento y reparación de este tipo de artículos, de los canales crediticios, otras oportunidades de reinserción en el sistema a los empresarios cuyas indus-

trias resultaron afectadas por la desprotección del mercado interno.

Los efectos de la política han ameritado numerosos análisis. Su impacto se ha extendido hasta los sectores contrarios a la dictadura como lo constata una publicación reciente que califica al consumismo de " caballo de troya del régimen " (+)

Allí radica precisamente, una de las apuestas de la dictadura a ganar el consenso de la sociedad. No a través de la adhesión a un ideario o a finalidades trascendentes propuestas a la comunidad. No se trate de plantear principios sino de imponer ciertos valores implícitos en conductas que a fuerza de ser repetidas, terminan por transformarse en comportamientos normales, típicos y generalizados. La competitividad interpersonal, la persecución del beneficio puramente individual, la despreocupación por los problemas colectivos, la mercantilización de todas las relaciones se convertirían en las normas reguladoras de la vida social. En suma, podría decirse que para los seguidores de las prédicas friedmanianas, la capacidad normativa de la práctica sería el principal instrumento llamado a soldar la implantación perdurable del capitalismo en Chile.

Simultáneamente, se procura redefinir el contenido de aquellos principios que han sido elementos constitutivos de la conciencia nacional, inspiradores de las luchas libradas por el pueblo a lo largo del tiempo. Así, la libertad, la democracia y la participación, por ejemplo, están referidas al mercado, al comercio, al consumo y a los intereses pecuniarios. El derecho a la propiedad privada y su intangibilidad es la piedra angular de la democracia y la libertad. Las concreciones de esta libertad se encuentran en las posibilidades de crear empresas, iniciar giros comerciales, vender cualquier cosa para la que exista demanda y explotar como fuente de ganancia toda actividad, tratarse de productos, de la cultura, la educación o la salud humana. La libertad individual se asocia a la posibilidad de consumir cualquier bien y saciar toda apetencia, en virtud de lo cual -- ha argumentado insistentemente " El Mercurio "-- constituye un atentado en su contra la distinción entre consumos esenciales o necesarios y aquellos sofisticados o superfluos. Progresivamente, tales categorías van quedando desprovistas de re-

(+) Raúl Gutiérrez llama la atención de los opositores que se dejan envolver en las redes del consumismo, en cuanto las aspiraciones democráticas se ven adormecidas, y " talvez muriendo sin remedio" los compromisos crediticios absorben el grueso de los esfuerzos y del tiempo en la obtención de los recursos para su cumplimiento y se olvidan las actividades que ayudan en la lucha democrática; se hacen cómplices de la lógica del sistema."El consumismo, caballo de troya del régimen", revista "Análisis" No. 32, marzo 1981.

lución con la organización política del país, con el derecho a participar en la decisión de los problemas nacionales, con las libertades de opinión, la soberanía popular y los derechos civiles esenciales del hombre. Las nociones de orden social y de seguridad personal se hacen depender de la atribución de poderes ilimitados al Estado y a sus organismos represivos. Por el contrario, las reclamaciones de justicia, la democracia y la participación de las grandes mayorías sociales en la organización de la vida colectiva son cuidadosamente presentadas a la opinión pública como sinónimos de caos, descomposición e inseguridad.

Sin embargo, estos cambios en las conductas, valores y aspiraciones de los chilenos representan una dimensión fundamental pero no exclusiva del proyecto. Ellas deben estar asociadas a una base material que puede proveer los medios para su sostenimiento. En sustancia, el modelo se propone expresamente ofrecer una vía de desarrollo capitalista para Chile, lo cual debería traducirse en aprovechamiento pleno de nuestros recursos materiales y humanos, expansión persistente del potencial productivo del país y efectivo mejoramiento en los niveles de vida de la mayoría de la población. Con este objeto, debería asegurarse el cumplimiento de las premisas que -- en su opinión -- hicieron posible el progreso de las naciones hoy desarrolladas: la ganancia capitalista máxima posible como fuente de la acumulación creciente.

Sería el desarrollo capitalista el factor decisivo encargado de concitar el consenso social favorable a la preservación del sistema y de generar la adhesión de los chilenos para la modalidad específica de dominación instaurada por este proyecto particular. Así se alejarían definitivamente los peligros de resurgimiento de un movimiento popular poderoso que se proponga cuestionar el orden vigente. La visión no carece de fundamentos objetivos observables en las sociedades donde el capitalismo ha producido esos resultados. Pero el interrogante que surge entonces es si tales experiencias son reproducibles en realidades como la de los países latinoamericanos, en general, y, particularmente, en el caso de Chile y bajo las condiciones creadas por la misma política puesta en práctica.

4.- "Las modernizaciones" : confianza en la eficacia defensiva del ataque

El Plan Laboral, primero, y las restantes medidas que más tarde acabaron por conformar el "paquete de modernizaciones" parecen dominadas por una finalidad fundamentalmente política. Sin dudas, tienen también alcances económicos e institucionales nada desestimables como sucede corrientemente con las decisiones de esta naturaleza, en especial si están dirigidas a trastocar en profundidad aspectos de tantas proyecciones en la vida social: educación, conflictos laborales, organizaciones de profesionales, provisión y las demás áreas tocadas por las reformas. Pero los impactos directamente económicos de unas y otras son disímiles en magnitudes y significados para el proceso de acumulación.

En realidad, la ofensiva emprendida en el campo económico terminó de levantar hace ya tiempo los elementos básicos del modelo que la dictadura confía preservará la continuidad capitalista de la sociedad chilena. Fueron los años iniciales del régimen los destinados a efectuar las modificaciones más sustantivas de la estructura estatal para acomodarla a las rectificaciones reclamadas por el proyecto de acumulación adoptado. Algunas aplicaciones han quedado pendientes y vienen siendo abordadas con el tiempo, mientras otras -- la enajenación de las explotaciones cupríferas estatales, por ejemplo -- esperan circunstancias más favorables o, bien, no parece haberse diseñado aún a su respecto criterios definitivos de solución -- por ejemplo, la suerte del servicio de ferrocarriles o los sistemas de construcción de caminos y obras de infraestructura --. Pero, los pilares fundamentales y el cuerpo control del esquema se encuentran establecidos.

La etapa inaugurada por el "plebiscito" muestra una gestión dictatorial enfilada hacia la búsqueda de fórmulas de atomización y desintegración de organizaciones y del cumplimiento de funciones cuyo peso e importancia fueron considerables en la historia política precedente.

El primer paso visible data, sin embargo, de antes del plebiscito y fue motivado por los caracteres que adquirió la situación laboral.

A pesar de la ofensiva frontal y persistente enfilada en contra de la clase trabajadora desde la instalación de la dictadura,

no se le pudo condenar al inmovilismo. De manera lenta, dispersa y sin continuidad, pero con pasos progresivamente más firmes, diversos segmentos de trabajadores emprendieron acciones en defensa de sus intereses. La solidaridad internacional recibida desde todas las latitudes vigorizó las distintas iniciativas que le permitieron ir superando la situación de reflujo que el régimen esperaba prolongar. Ello colocó al gobierno y, particularmente, al equipo de dirección económica ante la evidencia de que los "costos sociales" no serían aceptados mansamente por aquellos que debían soportarlos. Mostró, asimismo, que la lucha de clases no había quedado clausurada con una derrota definitiva para los trabajadores chilenos.

El renacimiento de la movilización sindical y sus demandas reivindicativas, si bien todavía en ciernes, encerraban la gravedad adicional de que venían a golpear una de las áreas estratégicas del programa dictatorial.

Estos fenómenos fueron, al parecer, determinantes para hacer comprender al gobierno de que junto con la represión, era indispensable idear mecanismos aptos para controlar y resolver los conflictos sociales dentro de marcos admisibles para el sistema. Ello planteó desafíos no previstos dentro del reduccionismo y de la simpleza esquemática de las recetas friedmanianas. Sin embargo, a partir de los principios dogmáticos que la inspiran, fueron concebidas las respuestas contenidas en el Plan Laboral: incentivo del paralelismo y de la competitividad entre las organizaciones laborales; procedimientos de negociación apropiados para hacer prevalecer los planteamientos patronales y esterilización de la huelga como instrumento de lucha. Pero representó el primer ensayo de institucionalización de los conflictos basados en los criterios de atomización de las fuerzas sociales y de destrucción de su red de organizaciones.

Otros estratos sociales afectados por la dictadura lograron igualmente diversas formas de movilización y protesta, que aunque limitadas, no dejaron de plantear conflictos de diversa índole. La amenaza de represión se ve en ocasiones mellada en su eficacia preventiva. Un régimen que ha hecho gala de no aceptar presiones ha debido efectuar concesiones frente a determinados movimientos como los de pobladores y taxistas.

Por otra parte, la ilegalización, el control policial inaplazable -- aunque "perfeccionado" siempre presente -- y la transmisión empecinada del discurso antipopular han dañado el quehacer

efectivo de la izquierda en el cuadro político nacional, pero no han logrado "extirpar" su pensamiento ni aspiraciones de la base social. Tampoco han podido hacer desaparecer sus organizaciones políticas que con debilidades y problemas continúan existiendo en el país.

Los efectos negativos provocados por la política económica sobre vastos sectores de la población y, en términos generales, la postura de inflexibilidad extrema que la "opción refundadora capitalista" implica, unida a las rigideces propias de la conducción militar, alejaron de la dictadura o colocaron en actitud abiertamente crítica, a sectores sociales y políticos que en un comienzo le prestaron apoyo.

Es cierto que estas reacciones fueron sobre-estimadas en el pasado por la oposición, pues no se percibía en qué grado las fracciones de la burguesía dañadas por las orientaciones gubernamentales carecían de capacidad para defender sus intereses o hasta qué punto estaban dispuestas a someterse al poder que les había salvaguardado sus posibilidades de subsistir como clase dominante. El mismo esquema les ha concedido espacios para readecuar su inserción en la captación de excedentes. A otros estratos sociales les ofrece perspectivas no sólo materiales sino también el resguardo del orden, de la tranquilidad, de la eficiencia en la prestación de servicios que les interesan y de aspiraciones que desde su óptica se encuentran asociados al capitalismo. En fin, el gobierno espera cooptar a quienes si bien no participan en los frutos del modelo o lo hacen sólo marginalmente, evalúan de manera favorable la mantención de las expectativas de poder llegar a hacerlo.

Empero, los así denominados "costos sociales" del proyecto han sido muy elevados y los "efectos compensatorios", ni los mecanismos mediante los cuales se pretende ligar los intereses o aspiraciones de la sociedad a la suerte de la economía de mercado, son hasta ahora lo suficientemente poderosos para borrarlos del todo. Hay indicios, por otro lado, de que muchos chilenos juzgan positivamente algunas de las realidades o ilusiones que brinda el sistema, pero ello no hace desaparecer la crítica ante el desconocimiento de sus derechos ciudadanos, la indefensión frente a la arbitrariedad del poder, la arrogancia y "notoria prosperidad" de tecnócratas, militares y empresarios. Están, además aquellos que con una posición discrepante de la experiencia dictatorial y de sus

designios, temen ver reeditarse conflictos del pasado, no divisen alternativa o la que visualizan no la comparten por razones de principios, de prejuicios o de otra índole, fundadas o no.

Desde estos sectores habrían surgido, en medida significativa, las adhesiones recibidas por el régimen en el plebiscito, según diversos análisis conocidos. Representan un apoyo importante pero con escasa potencialidad de movilización real; más preocupado por la conservación de la estabilidad y de la inexistencia de tensiones disruptivas que comprometido con la consumación de un proyecto político específico.

Más acá se encuentran las franjas sociales y políticas que se expresan definitivamente en contra de la dictadura y dispuestas a sostener una reconstrucción democrática. Si sólo se recogen las cifras entregadas por el gobierno, el contingente inicial es cuantitativo y cualitativamente significativo, por cuanto son dos millones de chilenos -- a lo menos -- con mayor nivel de compromiso político y capacidad de movilización. Pero dispersos en distintas posiciones contestatarias del gobierno militar y movilizables, pero detrás de objetivos diferentes, no conforman una oposición real, aunque en coyunturas como la de septiembre último, la exigencia de mostrar una fuerza disidente haya permitido la actuación con el mayor grado de unidad que en tales circunstancias es alcanzable. Con todo, representan fuentes potenciales de reacciones contrarias al régimen que en determinadas condiciones podrían activarse.

Dentro de tal contexto, el gobierno no arriba a diseñar un proyecto político claro a largo plazo. Los "dos Constituciones", como han sido calificados los textos de "Disposiciones Transitorias" y del cuerpo que entraría en vigor en 1989, contienen las evidentes huellas de una transacción entre las diversas propuestas e intereses que se mueven en las órbitas palaciegas.

Los orígenes del cuerpo constitucional y las circunstancias de su aprobación y puesta en vigencia, así como las normas que contiene, no confieren ninguna legitimidad al poder que establece. Al nivel de los principios éticos y jurídicos fundamentales, los preceptos mismos y el régimen no tienen "la autoridad moral ni el respeto de los ciudadanos", de acuerdo con los términos empleados por la Conferencia Episcopal antes del acto plebiscitario. A pesar de los adelantos que la dictadura extrajo de la maniobra para la institucionalización de su fuerza y el apaciguamiento de las discrepancias internas, la validez de todo el endemioje puede ser pue-

to en cuestión. Pero, en definitiva, el ejercicio de esta posibilidad dependerá de la fuerza que cobren las reivindicaciones democráticas, del escenario dentro del cual la ciudadanía participe efectivamente en la aprobación de un ordenamiento constitucional que las exprese en plenitud y del estado de consolidación de las instituciones existentes en la realidad. Entre tanto, las disposiciones impuestas por el gobierno militar disponen del vigor de hecho y el chileno común y corriente se ve forzado a someterse en el desenvolvimiento normal de sus actividades cotidianas. Aquí estriba uno de los desafíos de la oposición: cómo estimular respuestas y adoptar iniciativas que cuestionen la supuesta "legalidad" dictatorial.

Pero, en realidad, el marco normativo no llega a proporcionar los elementos de ese proyecto político gubernamental y la conciliación de puntos de vista discrepantes existentes al respecto, atenuó los debates actuales pero dejó abiertas varias preguntas trascendentes y postergó para el futuro la dilucidación de soluciones sobre temas de envergadura.

Es más, no obstante que la nueva constitución confiere rango de ley al poder arbitrario del dictador, flotan serias dudas sobre si el régimen se atendrá en la práctica a las reglas que el mismo concibió o las manipulará a su antojo.

Tales son algunos de los rasgos del escenario dentro del cual se impone el programa de las "siete modernizaciones" que las publicaciones adictas presentan como la sustancia que dotará de verdadero contenido al nuevo ordenamiento constitucional que entraría en vigor en 1989. Ellas conformarían las bases del "esquema social y político que dicha formulación constitucional debería expresar" (+).

Sus caracteres distintivos han sido ampliamente remarcados: atomización de la sociedad; desintegración del tejido de organizaciones; fragmentación espacial, administrativa y gremial de las problemáticas colectivas.

Al trasladar a instancias regionales o locales la responsabilidad de servicios fundamentales para la población -- salud, educación, vialidad y otras --, quiere sustraerlas del campo del quehacer político de trascendencia nacional. De paso, el gobierno queda desvinculado de las críticas y conflictos que su prestación puede suscitar.

(+) "El Mercurio", 6 de enero de 1981.

Las posibilidades de proliferación de organizaciones sociales de distinto tipo -- sindicales, comunitarias, etc.-- y la consiguiente reducción de sus dimensiones, les priva de la capacidad de lograr representación al nivel nacional y de adquirir una percepción global de las materias que son objeto de su actividad. Su poder de negociación resulta evidentemente deteriorado y -- lo que parece captivar más al diseño -- impide la existencia de una dirección única con posibilidades de ponerlas en acción a lo largo del país en función de perspectivas políticas.

Es pertinente recordar que la legislación autoritaria se ha ocupado de introducir también limitantes en el dominio de la institucionalidad política. Para el caso que las formaciones partidarias puedan recobrar existencia legal en el futuro, ellas estarán restringidas en sus funciones de captación, análisis y planteamiento de proposiciones ante problemas que tocan a la sociedad chilena en conjunto.

Se busca, en síntesis, diluir y debilitar las potencialidades de las organizaciones a través de las cuales se han expresado en el pasado los intereses y las aspiraciones de los sectores populares.

Sugestivamente, el eje de la reestructuración del esquema social se encuentra en la revitalización y amplio fortalecimiento del poder de los Municipios, que fueron el centro del programa político del Partido Conservador a fines del siglo XIX.

Se les encomienda, según el gobierno, la tarea de servir como canal para la participación y el compromiso de la base social con la nueva institucionalidad. Los habitantes de cada comuna -- afirma el oficialismo -- tendrían ahora una posibilidad más directa de influir en la marcha de aspectos básicos para la vida diaria, lo cual les daría mayores motivaciones para organizarse en función de ellos y participar en los asuntos municipales. Los mismos componentes de los Centros de Padres y Apoderados de las escuelas de la jurisdicción y los receptores de las atenciones de los policlínicos podrían ser luego integrados en las Juntas de Vecinos.

Los alcaldes deberían ser, en consecuencia, " verdaderos líderes y motores de la comunidad a fin de convertirlo en la base de la " neodemocracia " (+). Pero la realidad es que surgen graves

(+) Revista " Hoy ", 15 al 21 de abril de 1981.

riesgos de que sean efectivos " comisarios " como lo admite el propio Willoughby (+). Los jefes municipales dispondrán del resorte de poder que significan los servicios a su cargo y de las facilidades de control social y político directo sobre los habitantes del sector. En el interín, el número de comunas fue elevado y se redujeron sus tamaños, lo cual simplifica aun más esas tareas.

Según revelaciones de Luis Cordero, Secretario Nacional de la Juventud, es labor de los alcaldes atraer a la masa juvenil, a las filas del projuventismo, pues si no se logra el objetivo, podría registrarse un fracaso similar al del franquismo en España, como califican lo sucedido en ese país (++) .

Este esquema de organización social parece haber sido uno de los puntos de acuerdo entre las tendencias que conviven dentro del bloque autoritarista. Atenúa los conflictos y proporciona salida a las inquietudes de los llamados " duros " en orden a buscar mecanismos de participación y respaldo cívico al régimen. Ellos logran que se den pasos en la dirección que estiman necesaria y quedan a la espera de las alternativas futuras del proceso económico, las cuales podrían resbrir oportunidades para renovar sus planteamientos sobre otras materias.

A la vez, las " modernizaciones " cumplen la finalidad de emprender la construcción de un esquema organizativo que entorpecería la vigorización de un movimiento opositor y resulta funcional a los requerimientos de la lógica del modelo económico.

El consenso intradictatorial puede explicar la rapidez y la resolución que denota la puesta en práctica de las medidas. La denominada " transición " tendría por finalidad lograr el pleno despliegue y la maduración de este nuevo endemioje organizacional. Sin embargo, también surgen fuertes dudas sobre el respeto y acatamiento que éste recibirá por parte del gobierno militar, así como respecto de la posibilidad de constituirse en el marco de una etapa de efectiva institucionalización.

Las " modernizaciones " han desatado, además una nueva acometida en el proceso de reestructuración del Estado. Las funciones de éste quedan cada vez más reducidas a la monopolización del poder político, -- que fue expropiado a la nación -- y al control de las fuerzas armadas y de los instrumentos represivos. Se erige en " verdadero gendarme " pero no en el sentido del que hablaban las teorías

(+) (++) Revista " Hoy ", 15 al 21 de abril de 1981.

liberales decimonónicas, sino en el que encierra el significado literal del término. Mantiene la vigilancia y muestra su presencia -- blandiendo el garrote -- en los espacios fundamentales de la sociedad civil. Al revés de lo que sostienen los apologistas del régimen, el Estado se ha extendido en magnitudes impresionantes pero en una dirección diversa de la que lo hiciera en el pasado. Su retrocesión se verifica principalmente en el ámbito de los servicios sociales y de la intervención directa en el proceso productivo, pero fue sólo su acción la que creó las condiciones para la puesta en marcha de la actual estrategia económica. Por lo demás, todavía conserva la propiedad de importantes actividades : cobre, la principal fuente centralizada de excedentes que proporciona poder político y recursos para compra de armamentos ; acero, energía y otras industrias de base que suministran " economías externas " a la empresa privada ; red de televisión nacional, sistemas de comunicación y otras cuyo rol político o estratégico son importantes. Frente a un cuerpo social atomizado el Estado es uno de los pocos entes que mantiene estructuras extendidas en todo el país.

En suma, la política dictatorial tiende a dejar a la mayoría de los chilenos en la situación de un individuo aislado que debe hacer frente a los poderes del gran capital y del Estado.

El Modelo Económico : algunas consideraciones sobre sus resultados.

La política económica y sus consecuencias se han transformado en un tema de referencia casi obligado de los análisis relativos a la experiencia dictatorial. Las causas de la instalación del régimen autoritario y sus objetivos estratégicos no se encuentran restringidos al campo de la economía pero en ella descansa uno de los pilares maestros del proyecto de dominación que se intenta perpetuar en Chile.

Independientemente de las divergencias que cupiera apreciar al interior del bloque en el poder sobre este aspecto de la política gubernamental, el oficialismo y los medios de información que controla han orquestado una campaña de magnitudes antes desconocidas en el país -- y sin posibilidades de réplica -- tendiente a convencer a la población tanto de las bondades como de los éxitos del programa inspirado por los principios del monetarismo y de la ideología conservadora del mercado (+).

Los sectores antidictatoriales, en cambio, han explicitado evaluaciones acerca de los resultados y las perspectivas de ese esquema, los cuales difieren a lo largo del tiempo y entre sí, no sólo respecto de puntos secundarios sino también en cuestiones gruesas. Detrás de las disparidades de opiniones pueden identificarse momentos distintos en la comprensión de la coherencia de la política aplicada ; concepciones diferentes sobre las relaciones entre fenómenos económicos y políticos y criterios discrepantes en la percepción de las repercusiones de los incentivos al consumismo.

Con todo, la abundancia de investigaciones y estudios disponibles permiten tener un conocimiento bastante actualizado y amplio de la marcha de la economía nacional. Atendidos los propósitos del trabajo, sólo se hará referencia a algunos aspectos relacionados con el enjuiciamiento de los efectos de la conducción económica dictatorial, pues además de su importancia dentro del proyecto del régimen, es uno de los temas donde suelen expresarse las discrepancias entre sus opositores.

(+) Llama a equívocos la calificación de "ultra" o "neoliberales" que suele aplicarse a tales concepciones, pues se encuentran hoy enteramente divorciadas de la dimensión política que las integra como elemento consustancial en sus formulaciones originales. Friedman suele quejarse del apelativo de "conservadores" que reciben en los propios Estados Unidos.

Habría que comenzar por insistir en un tópico puesto en evidencia por diversos trabajos y comentarios críticos, pero alrededor del cual muere sin cesar el gobierno y no pareciera ser suficientemente recordado a la hora de algunos estudios: el pretendido "rigor técnico" y el status de "única verdad científica" con los cuales se aspira a revestir las doctrinas económicas ordenadoras de la política actual. Como es de esperar, los integrantes del grupo de tecnócratas gubernamentales son los más aplicados a la creación de esta imagen y en sus intervenciones son casi infaltables los comentarios descalificatorios de todas las concepciones que no participan de su ideología. No es necesario haber realizado estudio especializado alguno para saber que la Economía no es una ciencia "exacta" ni suministra verdades absolutas, eternas y aplicables a cualquier sociedad, independientemente de sus caracteres estructurales. De partida, definir sólo su objeto de conocimiento es una tarea compleja y ha dado lugar a conceptualizaciones tan numerosas como diferentes. En cuanto disciplina social admite aproximaciones ideológicas, teóricas y metodológicas diversas que se reflejan hasta en su denominación -- Ciencia Económica, Teoría Económica, Economía Política, entre otras --. Los criterios para enjuiciar la verdad de sus proposiciones no son unánimemente aceptados y los paradigmas establecidos por unos son controvertidos por otros. En realidad, existen diversas escuelas de ideas que emplean conceptos cualitativamente distintos, articulan las categorías de manera particular y se proponen, con frecuencia, responder preguntas diferentes. Ello puede constatarse inclusive al interior del cuerpo de teorías preocupadas de asegurar la correcta regulación y marcha de la economía capitalista, de donde pueden extraerse sólo dos ejemplos: la doctrina neoclásica y su blanco preferido de ataque hoy día, el pensamiento keynesiano. Si no llevara a extenderse todavía más, sería también interesante recordar los énfasis y las evoluciones observables entre las diversas versiones de las teorías puestas en obra en Chile por la política económica actual, las cuales si bien comparten la misma matriz ideológica, exhiben desarrollos no del todo similares y han debido introducir más de una rectificación de errores no menores en sus propios modelos (+). Puede agregarse que expre-

(+) Un ejemplo se encuentra en la divergencia del esquema actual de H. Friedman con el que sostenía en "The Role of Monetary Policy" (American Economic Review, marzo de 1968).

siones económicas que aparecen investidas del mayor rigor debido al empleo del preciso instrumental matemático y de las modernas técnicas de computación, como son los modelos econométricos para pronósticos, elaborados por firmas del prestigio de Wharton, Data Resources o Chase, son cada vez más impugnados y una revista -- Forbes -- los compara en confiabilidad a la observación de los estros o la lectura en los intestinos de una cabra. Ello no significa afirmar la inexistencia de conocimiento válido alguno sobre los fenómenos económicos, sino sólo ubicarlos dentro de sus contextos.

Si se pasa a tratar los efectos de la acción dictatorial es necesario, por lo tanto, reconocer la posibilidad de recurrir a diversas perspectivas teóricas y políticas.

Corriendo los riesgos de la esquematización, cabe afirmar que el modelo implementado por los discípulos de Chicago obedece a una racionalidad política básica: preservar el régimen capitalista y construir una nueva hegemonía duradera. Es efectivo que el patrón de desarrollo dentro del cual la economía chilena evolucionó durante las cuatro décadas anteriores enfrentaba crecientes entorpecimientos, pero la irrupción de la estrategia del "capitalismo primitivo" se encuentra asociada al esquema represivo establecido para sofocar las transformaciones avanzadas en la organización socio-económica del país, que amenazaban gravemente el poder de los sectores dominantes.

Por otro lado, la radical reorientación del modelo económico nacional se inserta dentro del proceso de redefiniciones del sistema capitalista mundial, pero no puede considerarse como simple subproducto o reflejo directo de este último fenómeno. El tema se presta para una argumentación que rebasa las posibilidades de estas páginas. Por ahora puede sostenerse que la trayectoria de la nueva división internacional del trabajo no presenta todas las tendencias ineluctables precisamente definidas que algunos estudios perciben. "Redespliegue industrial", "robotización" o "desindustrialización" son dinámicas que no resultan siempre compatibles a la luz de los acontecimientos observables en las naciones que constituyen el polo industrializado del esquema mundial, ni todas éstas viven los reajustes con la misma intensidad ni toman iguales rumbos. La política del gobierno militar satisface, en verdad algunos de los requerimientos de la reestructuración internacional pero no se adecua plena-

mente a las exigencias derivables de las interpretaciones más en
boga. Esa óptica para analizar la experiencia chilena llevó a
prever la afluencia masiva de capitales transnacionales desechos
de profitar de los diferenciales de salarios y resueltos a instalar
en el país una plataforma exportadora de manufacturas del tipo de
Hong-Kong o Corea del Sur. De atenerse a los resultados registrados
hasta el momento, tales perspectivas no se ven confirmadas ni es pre-
visible que ocurra a corto andar. La inversión extranjera directa
ha arribado fundamentalmente atraída por las potencialidades de nues-
tros recursos naturales, tendencia que no es del todo novedosa en
el escenario nacional. La afluencia cuantiosa de recursos -- como
es sabido -- se ha verificado bajo la forma de préstamos y, en este
campo, sí cabe reconocer la funcionalidad de la estrategia económi-
ca militar a los intereses del sistema financiero privado interna-
cional. Adicionalmente, el panorama latinoamericano revela casos
en que la concesión de facilidades para la implantación de activi-
dades cuyo desplazamiento podría atribuirse con más claridad a la
redefinición de la división internacional de trabajo -- v.gr., las
"maquiladoras" en México --, sin que ello exigiera el cambio en
la estrategia global de desarrollo "autocentrado" que venía man-
teniendo el país -- industrialización sustitutiva con defensa del
mercado doméstico y fuerte presencia estatal --, muy distante de la
establecida en Chile. Las interpretaciones que asignan a los movi-
mientos de la economía capitalista mundial la causalidad directa
de acontecimientos políticos -- o también económicos -- internos,
ofrecen, por lo común, ángulos analíticos demasiado restrictivos
que subvalúan el papel condicionador que juegan los factores espe-
cíficos de cada realidad en la internalización de las tendencias
externas.

Al entrar en la revisión de los resultados de la política
económica chilena actual, se adoptará como punto de partida el en-
foque de los encargados de su diseño y ejecución. ¿Cuáles son los
que ellos han "explícitamente" enunciado como objetivos de su po-
lítica? Sintéticamente, aspiran a garantizar niveles de crecimen-
to económico elevado y sostenidos, basado en un sistema productivo
que emplea eficientemente los factores de producción, -- recursos
naturales, trabajo y capital -- con estabilidad de precios y equi-
librio del balance externo. A este nivel -- es evidente -- sería
difícil que alguien estuviera en desacuerdo con tales metas y --
quizás con algunos matices u otros agregados -- son las mismas que

se propone conseguir cualquier programa gubernamental, independien-
te del signo político. Tampoco escapa a nadie que las divergen-
cias quedan al desnudo en la forma en que se jerarquizan e integran
los objetivos, los medios de conseguirlos y sus impactos sobre las
condiciones de vida de los diversos estratos sociales.

Sin embargo, si se retiene todavía un momento la lógica dic-
tatorial hay que recordar que la clave de su estrategia reside en el
imperio absoluto del mercado, la drástica reducción de intervención
del sector público en las actividades de producción y de redistribu-
ción del ingreso, las franquicias amplias al capital extranjero y,
como supuesto esencial, la eliminación de las presiones inflacione-
rias. Se recordará que el caballo de batalla publicitario utilizado
por el gobierno para justificar su política descansó sobre el procè-
so de acelerada alza en los precios. Este ha sido el argumento tra-
dicionalmente usado en Chile y otros países para la implementación
periódica de los programas de estabilización convencionales. También
sería extraño encontrar opiniones partidarias de la mantención de
tendencias inflacionarias descontroladas, especialmente entre los
asalariados y quienes viven de ingresos más o menos rígidos, que no
pueden crecer junto con los precios de los demás bienes y servicios.
Pero desde la aplicación de la política de shock, en particular, es-
ta consigna antinflacionaria permitió encubrir el proyecto que ha
provocado las profundas transformaciones experimentadas por la eco-
nomía chilena.

Para la evaluación de los resultados en este como en otros
campos, no hay que olvidar que el equipo económico ha contado con
los poderes absolutos que confiere un gobierno represivo como el
chileno, y durante un período de más de seis años, en el cual se
conservan inamovibles las mismas políticas.

En materia inflacionaria redujo efectivamente el ritmo de
las alzas de precios y en magnitudes significativas, pero aún se
mantiene en tasas anuales de dos dígitos. La meta de un programa
que centra su objetivo expreso en la supresión de los fenómenos
inflacionarios es eliminar totalmente las alzas de precios o redu-
cirlos a cifras insignificantes y únicamente ocasionales. Alguien
podría encontrar exagerado reclamar el cumplimiento de este obje-
tivo hasta tal grado, especialmente en el mundo del presente, pero
no debe olvidarse que Friedman afirma, sin vacilaciones, que ése es,
precisamente, el efecto de sus recetas, si se aplican en forma inte-
gral: "no existe en sí un problema técnico de cómo dar fin a la

inflación. Los verdaderos obstáculos son de orden político, -- insiste -- no técnico " (+). Fue también el resultado ofrecido para Chile por Pablo Barsona, connotado componente del equipo tecnocrático : " Antes de un año tendremos una inflación de cero por ciento " (++)).

Nadie podría argumentar que en nuestro país ha existido algún tipo de entorpecimiento político o una " tímida " aplicación de la terapia friedmaniana. Pero el flagelo todavía no desaparece. La batería de medidas puestas en juego para lograrlo ha sido impresionante y no se ha reparado en las repercusiones que tienen en otros aspectos tanto o más importantes de la economía : caída vertical de los salarios reales y del gasto público corriente y de capital ; descenso de la inversión ; afluencia creciente de importaciones ; devaluaciones periódicas, en un comienzo. Posteriormente, la relativa recuperación de la demanda interna se ha acompañado de congelación del tipo de cambio, afluencia masiva de mercancías importadas progresivamente abaratas por el manejo cambiario y vinculación creciente de la oferta monetaria a las variaciones de los recursos en divisas.

Por estos caminos, más las conocidas manipulaciones estadísticas, el ritmo inflacionario interno podría bajarse hasta alcanzar las cifras internacionales, pero sin suprimirse del todo. Además ello genera tensiones sobre otros planos de la economía que se dejan sentir : elevación de las tasas de interés de corto plazo -- podrían trepar hasta el 40% real anual, las activas -- ; contracción en los depósitos de ahorro ; disminución de los precios de las acciones ; deterioro del crecimiento de la construcción -- el más dinámico últimamente -- ; incremento de las importaciones mucho más rápido que de las exportaciones y, según reconoce " El Mercurio ", menor crecimiento de la producción. El déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos -- saldo de las transacciones con el resto del mundo antes del ingreso de los préstamos -- podría saltar de 1.860 millones de dólares, en 1980, a 2.800 millones de la misma moneda, el año en curso, según las cotizaciones del cobre. Si se adicionan las amortizaciones de la deuda externa cabría estimar hasta en 4.000 millones de dólares las necesidades brutas de entrada de dólares para 1981.

(+) Milton Friedman, " Corrección Monetaria ", en Boletín Mensual de CELA, noviembre de 1975, p. 681. Ya estaba en pleno despliegue el proceso inflacionario mundial.

(++) " El Mercurio ", 17 de octubre de 1973. Ha ocupado los cargos de Presidente del Banco Central y Ministro de Economía.

Pero el comportamiento de una economía y la suerte de un pueblo no se discute en las estadísticas de precios. También es interesante echar una ojeada sobre otros objetivos perseguidos por el régimen y a cuyos logros, la acostumbrada apologética hace una referencia exaltada encubriendo los verdaderos efectos.

Para evaluar con mayor rigor las tasas de crecimiento de la actividad económica hay que recordar siempre la importante destrucción de parte de la capacidad productiva del país y la abismal caída del producto registrada en 1975 y 1976, como consecuencia directa de la puesta en marcha de la política actual. Si se hubieran mantenido las tendencias históricas anteriores a la dictadura, el nivel del producto se encontraría 10% por encima del nivel que efectivamente presentó en 1979 (+). Diversas estimaciones muestran que recién en 1980 el producto nacional per cápita habría logrado superar los valores de 1972. Por lo tanto, más que de incrementos procede hablar de recuperaciones del proceso productivo.

Además, no es posible omitir otros antecedentes. En primer lugar, las manipulaciones estadísticas son frecuentes y tocan las principales variables aludidas por la publicidad gubernamental. ODEPLAN cambió la base para el cálculo del Gasto del Producto Geográfico Bruto en 1978 y las comparaciones no son válidas si no hacen los distinguos pertinentes ; existen indicios de que las estadísticas de producción industrial incluyen el valor de productos importados que sólo experimentan transformaciones menores en el país y los índices del sector están obsoletos debido a los profundos cambios ocurridos en su estructura ; gran parte de las cifras de producción, ingreso y gasto de las Cuentas Nacionales resultan abultadas debido a la subvaluación del proceso inflacionario que hacen los índices oficiales de precios.

Segundo, el significado mismo de la noción de crecimiento productivo cambia en una economía cuyo dinamismo depende de manera creciente de la demanda exterior y en el cual las actividades generadoras de bienes no intercambiable internacionalmente, que exhiben mayor vigor, -- la construcción, v.gr. -- se especializan en renglones fundamentalmente destinados a los estratos de más altos ingresos. Simplificadamente, el circuito se caracteriza porque, por un lado en proporción importante los productos no se destinan a satisfacer las necesidades de los chilenos sino salen fuera del país, mientras que por el otro, los ingresos obtenidos de esas actividades

(+) Aldo Ferrer; " El Monetarismo en Argentina y Chile ", Revista " Comercio Exterior ", febrero de 1981 .

se gastan, también en magnitudes incrementadas, en importaciones de artículos suntuarios, en adquisiciones de armamentos y otros gastos militares, en pagos de la deuda externa y de las remuneraciones de los propietarios extranjeros de empresas situadas en Chile.

Al final, las rentas derivadas del proceso económico quedan concentradas en pocas manos de aquellos que controlan la mayor parte de la riqueza nacional.

Tercero, especialmente en los tres últimos años, el gobierno no informa sobre tasas de crecimiento del producto de cierta consideración pero ellas no resultan compatibles con la evolución de otras variables comúnmente correlacionadas con aquélla.

Pero en esta materia, también el régimen espera aprovecharse de la proverbial mala memoria de los chilenos. A finales de 1978, ODEPLAN creó gran agitación cuando dió a conocer su Plan Económico y Social, en el cual se precisaban metas para el período que suponían ritmos de crecimiento promedio anual de por lo menos 8% y tasas de inversión del orden del 18%, ninguna de las cuales ha sido cumplida de acuerdo con las estadísticas conocidas. La tasa media acumulativa anual de crecimiento de la economía chilena fue de 3.3% entre 1974 y 1980, lo cual contrasta con el promedio de 4.6% registrado entre 1960 y 1972, en términos reales.

No ha surgido ninguna rama o actividad con elevado dinamismo, acelerado progreso tecnológico, eje de una creciente acumulación de capital que coloque a nuestra economía en un lugar de vanguardia dentro de su especialidad y capaz de difundir sus efectos hacia el resto del sistema productivo. La "especialización" ha resultado bastante más pobre y desilusionante. En resumen, en Chile no cabe hablar de una expansión sino de una reestructuración profunda del aparato de producción: destrucción de parte del área industrial -- textiles, manufacturas metálicas, químicas, etc -- con incremento de la participación de aquellos rubros directamente vinculados a la explotación de recursos naturales -- agricultura, pesca, forestal, minería --. Pero, al interior de estas últimas producciones primarias el comportamiento es también muy dispar, pues sólo crecen las destinadas al mercado externo; mientras los rubros vinculados a la demanda interna han experimentado un deterioro que no compensa el crecimiento de los primeros. Por ello, la contribución del sector primario al P.G.B. ha disminuído un tanto y lo que ha ocurrido es principalmente una recomposición en beneficio de la silvicultura, la pesca y la fruticultura.

El sector que ha experimentado un aumento espectacular es el terciario, cuya incidencia en el producto alcanzó al 58% el año recién pasado. Esta dilatación desmesurada se explica por el auge del comercio de importación, la explosión de las actividades bancarias y financieras y la proliferación de los servicios personales, renglón donde se encubren el subempleo y la desocupación disfrazada. Es decir, el cuadro productivo pareciera transitar de vuelta hacia los rasgos del modelo primario exportador de comienzos de siglo, pero acompañado esta vez de una descontrolada especulación por parte de los intermediarios financieros que no ha podido sino llamar la atención de todo aquel que ha tomado algún conocimiento de la realidad nacional. Si se considera, además, cuál es la rama con mayor recuperación reciente, queda en evidencia que las ventajas comparativas han fortalecido, precisamente -- mirado la estructura productiva en su conjunto --, las actividades sin potencial exportador: la banca, el comercio, los servicios y la construcción. ¿Es esta la estructura productiva sana, vigorosa y eficiente sobre la cual reposaría el progreso material y el poderío de Chile?.

Otro de los celebrados "éxitos" del modelo dictatorial se situaría en la diversificación de las exportaciones, producidas por el incremento de la venta de productos no tradicionales al exterior. Efectivamente el fenómeno ha ocurrido, pero con caracteres debidos a razones y con límites que los panegiristas del régimen intentan desconocer o disfrazar. Ello ha ocurrido en medida no despreciable gracias a la privación de los consumidores nacionales y al desvío de estos bienes hacia el exterior. Así, por ejemplo, el auge de las exportaciones agropecuarias no se basa en un excedente de producción sino en una reducción del consumo interno y coexiste con una insuficiencia en el consumo de calorías de amplios sectores de la población chilena (+). En seguida, tales exportaciones empezaron a encontrar trabas para continuar su expansión y el año 1980, entraron en franco proceso de desaceleración, si se computan descontando las alzas en sus precios internacionales. Algunos estudios vienen constatando el deterioro de lo que se ha denominado "la etapa fácil en la promoción de exportaciones no tradicionales" apoyado en capacidades productivas preexistentes que tienden a agotarse debido a la insuficiencia notoria de las inversiones necesarias para su ampliación. Paralelamente, el dinamismo de las ventas al exterior

(+) Humberto Vega et al. Academia de Humanismo Cristiano, "La situación nutricional de la población chilena" en "La situación económica de los trabajadores (octubre 1980-enero 1981)", Santiago Chile.

de bienes entra en conflicto con las recuperaciones eventuales del mercado doméstico. No sería imposible, empero, la reactivación de ellas por medio de diversos expedientes entre los cuales podrían contarse los destinados a contrarrestar aún más la demanda interna, a fin de "liberar" cantidades adicionales de mercancías colocables en el mercado mundial.

Siempre en relación con la diversificada venta de productos al exterior, hay que considerar su naturaleza: minerales, alimentos, maderas y otros bienes primarios casi en estado bruto o con muy poco valor agregado. Las conservas, el gas licuado, el cobre semi-elaborado y algunos subproductos de las actividades extractivas forman los principales renglones de lo que la dictadura exhibe como "exportaciones manufactureras". Por último habría que agregar que los componentes "tradicionales" continúan representando el 65% del comercio de exportación chileno y que el cobre, si bien ostenta una importancia relativa menor que en el pasado, continúa siendo lejos la principal de todas las actividades productivas, aisladamente consideradas, generadora de divisas para el país. Por lo tanto, cualquiera variación en los precios internacionales del metal resulta decisiva para los ingresos en moneda extranjera y el crecimiento del producto. Es, en fin el sector que ofrece atractivos probados al capital foráneo y en el cual se concentran las inversiones más significativas actualmente en proceso de materialización, las que deben traducirse en incrementos de producto durante los años venideros.

Puede pasarse a continuación a otra de las metas que la tecnocracia proclamó como norte de todos sus empeños y justificación final de los sacrificios que impone el modelo: desencadenar un esfuerzo inversionista incrementado y persistente. Una de sus acusaciones más severas en contra de las políticas seguidas por el país a lo largo de decenios era que habían sobrepuesto la "demagogia redistributiva" a la creación de riquezas, único medio sano de elevar las condiciones de vida de los chilenos. Con este objeto se aplicaron a la tarea de suprimir los que -- en su perspectiva -- eran obstáculos a la inversión, con el objeto de otorgarle efectivos estímulos: drástica compresión de los salarios reales; eliminación de los aportes patronales a la previsión social; desmantelamiento de los controles administrativos y de las disposiciones reglamentarias destinadas a proteger a los consumidores, la segu-

ridad en el trabajo y otras; liberación de precios y, en fin el conjunto de decisiones conocidas. Paralelamente, fueron liberadas las tasas de interés y adoptadas todas las restantes medidas encaminadas a acrecentar los ahorros y a crear un mercado de capitales moderno, capaz de cumplir las responsabilidades de intermediación exigidas por la sólida dinámica inversionista que sería iniciada.

Resultados: la tasa de acumulación cayó hasta por debajo de los niveles requeridos para amortizar el capital existente y luego se ha recuperado algo, pero con gran lentitud y sin alcanzar aún las magnitudes históricas prevalecientes con anterioridad a la dictadura -- alrededor del 15% del producto --, que eran, a su vez, bastante mediocres. La tasa de interés subió hasta niveles desconocidos no sólo en el país -- cerca del 65% anual -- para luego descender a cifras que continúan siendo relativamente altas. El promedio acumulado cobrado al año por los bancos a corto plazo, fue de 46.86% en 1980, y de 52.02% en el caso de las financieras; son muy superiores los porcentajes calculados sobre los créditos concedidos para la compra de bienes de consumo durable. Es difícil encontrar proyecto de inversión productiva que sean rentables con semejantes costos financieros. La resistencia a la baja de la tasa de interés y sus recurrentes oscilaciones alcistas constituyen una de las áreas críticas del modelo y son buen reflejo de las fricciones entre las cuales debe moverse no sólo la política monetaria, sino la gestión económica global. Precisamente, las dificultades enfrentadas en este campo fueron esgrimidas como una de las explicaciones de las disposiciones dirigidas a facilitar la contratación directa de créditos en el exterior y la afluencia masiva de recursos en divisas de corto plazo.

Efectivamente el sistema financiero ha experimentado una expansión no sólo explosiva, pero lejos de las características necesarias para constituirlo en instrumento de apoyo del verdadero desarrollo capitalista prometido. Principalmente dedicado a las operaciones de corto plazo, no ha generado los suficientes mecanismos de largo plazo apropiados para el financiamiento de la inversión productiva. No es necesario suministrar antecedentes respecto de un fenómeno de tal notoriedad: el mercado de capitales se ha constituido en la base de un proceso especulativo abismante y en el expediente empleado por los grandes grupos económicos para apropiarse de proporciones crecientes del excedente y originarse en verdaderos dueños del país. Medidas como la liberalización del acceso al cré-

dito externo abrieron paso a unas de las actividades más lucrativas hoy existentes en Chile : se pide afuera el 12% y se coloca en el interior al 50% o mucho más. Por esta vía se ha llegado a una etapa en la cual la formación de ahorros depende fundamentalmente del exterior : en 1979, el ahorro externo representó el 51.4% del total y en 1980, aumentó 34.3% mientras que el ahorro interno lo hizo sólo 7.1%.

La agudización de la dependencia financiera provocada por este fenómeno, se ve agravada por el destino dado los recursos así obtenidos : actividades especulativas, sostenimiento del consumo y ampliación del comercio de bienes importados, así como de otras actividades de servicios. Los derivados hacia la producción de bienes se concentran en la construcción suntuaria y otros rubros no expuestos a la competencia externa. Sin embargo, estas últimas aplicaciones se ven adversamente afectadas por las presiones alcistas sobre las tasas de interés.

Pero la debilidad del proceso de formación de capital se ve también influida por el fracaso que ha sufrido la política gubernamental destinada a atraer la inversión extranjera directa. Esta era otra de las variables claves del diseño y la razón de las garantías casi ilimitadas que se han establecido en su favor. Los discípulos de Chicago están conscientes de la esterilidad de sus afanes y presentan mañosamente las cifras sobre las intenciones de invertir recogidas por los organismos oficiales, pero callan las magnitudes de aquellas efectivamente hechas. Entre 1974 y 1980, se otorgaron autorizaciones por 4.088,4 millones de dólares pero no se materializaron inversiones sino por 915.1 millones, en su abrumadora mayoría -- 89% -- se destinaron a las actividades mineras y el resto mostró especial predilección por el comercio, las redes hoteleras y otros servicios.

Los mencionados son, a grosso modo, los rasgos y potencialidades de la economía chilena actual, juzgada a la luz de los objetivos y efectos de la política oficial. Allí se encuentran las bases con las cuales debe trabajar el régimen para hacer realidad sus ofrecimientos de mejores condiciones de vida de la población. En los días previos al plebiscito, Pinochet en persona explicitó las promesas para la próxima década : construcción de 900 mil nuevas viviendas y demolición de las insalubres ; uno de cada siete chilenos tendría auto y teléfono ; uno de cada cinco chilenos tendría televisor y otros artefactos domésticos modernos ; aumento en los gustos de recreación y diversión, etc.

¿ Tienen algo que ver estos ofrecimientos con la estructura industrial, el potencial productivo, la capacidad de ahorro, el progreso tecnológico y el dinamismo de la economía chilena?.

En realidad no parecen existir muchas relaciones entre una y otra cosa. En Chile coexisten dos mundos con pocos vínculos entre sí : uno , el del consumo y la aspiración atezante ; otro, el de la producción y marcha efectiva del proceso económico. Si alguna vez en el pasado se formularon críticas a ciertas políticas económicas que se inclinaban a favorecer algo más el consumo que la producción, el programa del gobierno actual traspasa los límites de lo increíble.

Al sector externo de la economía chilena le corresponde, en verdad, una tarea compleja y agobiante : proveer parte significativa de los alimentos, vestuarios y demás consumos básicos de la población ; garantizar que los sofisticados y costosos gustos de quienes hacen ostentación de riquezas puedan ser oportuna y cumplidamente satisfechos ; responder a la insaciable demanda de armamentos de las fuerzas armadas y a sus otros caprichos, ya no tan "profesionales", pues por algo son los dueños del poder ; sostener el consumismo estimulado por el régimen ; disponer de los recursos en divisas suficientes para pagar las remuneraciones a los propietarios de factores residentes en el exterior y apoyar los desplazamientos de capitales de corto plazo ; servir la deuda externa y constituirse en el pivote de la política antinflacionaria.

Es difícil poder satisfacer todas esas responsabilidades con las solas exportaciones de mercancías, pues si bien han aumentado en magnitudes apreciables, no se dispone de otras fuentes de ingresos propios de alguna significación. Las importaciones y demás compromisos con el resto del mundo han crecido con mucho mayor celeridad a consecuencias de la misma política. Así se refleja en el déficit comercial dilatado, incesantemente, entre 1974 y 1980, de 231 a 1.357 millones de dólares. La misma tendencia, aún más pronunciada, se registra en la cuenta corriente de la balanza de pagos. Y aquí puede recordarse otra de las metas anunciadas por el equipo económico al asumir la dirección del sector, que tampoco ha sido lograda. La hostigante propaganda oficialista sólo se ocupa de exaltar -- naturalmente -- la cómoda posición de las reservas internacionales. Claro que no dice que la cobertura de los saldos negativos crecientemente desfavorables en las transacciones externas y los activos financieros acumulados sólo son posibles gracias al endeudamiento con el exterior sustancialmente incrementado. La

deuda externa general de Chile pasó de 3.602 millones de dólares, en 1972, a 11.239 millones de la misma moneda, en 1980, lo cual confiere al país el triste privilegio de contar con la deuda externa por habitante más elevada entre las naciones subdesarrolladas y no exportadoras de petróleo en el mundo. La relativización de su trascendencia por tratarse de compromisos contraídos en la mayor parte por el sector privado no pasa de ser una falacia, pues igualmente los recursos para su servicio deben surgir de la economía nacional. Asimismo, el énfasis en la cuantía de las reservas intenta desconocer que el progreso de un país y de quienes lo habitan, dependen del efectivo aprovechamiento de todos sus recursos y del pleno desarrollo del potencial intelectual y material de su pueblo. Pueden encontrarse hoy día muchos otros ejemplos en el globo de naciones con excelente situación financiera internacional y gravísimos problemas económicos reales, como sucede con Inglaterra, para mencionar solo una.

El resultado de una política no se mide sólo a través de los indicadores ni de los objetivos que los tecnócratas de la dictadura plantean. Existen otras variables de tanto o mayor importancia económica que es necesario tener a la vista. Pero, en definitiva, lo esencial son los resultados que se manifiestan en la satisfacción de las necesidades y en el nivel de vida de la gran mayoría de la población. Desde esta perspectiva, se hace ineludible a la referencia a otros aspectos: primero, la persistencia del desempleo de la fuerza de trabajo, que si bien se ha reducido parcialmente en meses pasados, según los estadísticos oficiales, mantiene niveles extraordinariamente altos. Habría que añadir los cementos "encubiertos" del PEM, de los servicios personales e informales con remuneraciones irrisorias y de los infaltables artilugios estadísticos. Lo fundamental es que la estructura productiva en cuestión no tiene capacidad para absorber la fuerza de trabajo en las cantidades requeridas y es bien sabido que el famoso modelo consulta un coeficiente de desempleo como "tasa natural" irreductible.

Segundo, no menos importante es la aguda concentración del ingreso y de la riqueza en pocas manos, que condena a la pobreza a vastos sectores de la población chilena. La concentración extrema tiene también expresiones geográficas y sociales inocultables: la prosperidad de Chile se condensa en el auge y riqueza de Las Condes, Providencia, Viña del Mar y dos o tres áreas residenciales equivalentes en todo el país.

Sería necesario añadir, en fin, la grave pérdida de autonomía y profundización de la dependencia externa en todos los órdenes de la vida nacional, acarreada por la gestión del gobierno militar. La lista de cargos podría continuarse con la destrucción de la infraestructura básica del país, los graves problemas de salud, educación y vivienda de los estratos sociales mayoritarios, el deterioro serio en la capacidad tecnológica chilena y muchos otros capítulos sobre los cuales existen numerosos y probados antecedentes.

Los integrantes del equipo económico gubernamental, empero, mantienen una actitud refractaria a la consideración de los efectos sociales y políticos provocados por la estrategia llevada adelante. Sus respuestas ante las críticas de tales consecuencias -- concentración y centralización del capital, poder creciente de los grupos económicos en todos los ámbitos, por ejemplo -- son distintas entre sí y han variado, además, con el curso del tiempo. Pero, todas ellas, aparecen dominadas por la intolerancia y la agresividad: se exigen pruebas empíricas y cuando las presentadas resultan abrumadoras, arremeten con las descalificaciones de todo tipo. No faltan aquellos que se cobijan bajo el viejo manto de la neutralidad "técnica", tan caro a la ideología neoclásica, según el cual no procede ocuparse de los factores políticos ni institucionales, pues serían parámetros ajenos a las preocupaciones de la "Ciencia Económica". No deja de resultar llamativo que los economistas de la dictadura se hayan aplicado con tanta seriedad a trabajar, precisamente, en la transformación radical de la institucionalidad política y social hasta con sacrificio frecuente de las decisiones reclamadas en el campo estricto de la economía. Resulta también obvia la intencionalidad de desconocer o tergiversar resultados para constatar los cuales no se requiere investigación ni estudio alguno, pues las evidencias saltan a la vista. Se encuentran a cada paso en la situación la mayoría de los habitantes de la ciudad y del campo chileno. Es más, los impactos de vastadores de la política económica aplicada eran previsible de antemano y son inherentes a la lógica del modelo dogmático de mercado. Especialmente si se imponían en una economía que había venido operando dentro de un cauce sustancialmente distinto por varias décadas.

No se trata de juzgar intencionalidades y podría llegar a aceptarse, incluso, que en el primer momento alguno de los componentes del grupo encargado de la gestión económica actuaban animados por un convencimiento genuino en la validez teórica de sus pa-

radigmas y que las decisiones obedecían a la racionalidad del esquema doctrinario. Pero, a estas alturas y ante resultados concretos que no admiten dudas, los cuales adicionalmente se intenta negar, esas percepciones ya no son válidas. La aureola de " rigor científico " de la cual se han empeñado en rodearse los autodenominados técnicos ha empezado a quedar hecha trizas a los ojos de muchos de los que creyeron en ella. Pero curiosamente continúan haciendo gala de arrogancia algunos de ellos, que, quienes los conocen, pueden dar testimonio de sus limitaciones hasta en el conocimiento de las concepciones que defienden. No son extraños, por lo tanto, los juicios de un dirigente gremial, Juan Jara, reconocido por su adhesión a la dictadura, que le valieron ser encarcelado : " basta de tonteras. Basta de que un grupo de señoritos de segunda, de tercera y hasta de cuarta categoría, apoyados en las bayonetas de las fuerzas armadas y de orden, pisoteen a los gremios " (+). A los daños causados en las condiciones de vida de gran número de chilenos, en la economía y en la independencia nacionales, se agrega el compromiso contraído por el grupo económico con un régimen que ha asesinado y torturado a mansalva a miles de compatriotas.

La evaluación de la política económica de la dictadura debe realizarse con la mayor objetividad y seriedad analítica posibles. Ello supone traspasar las apariencias puramente externas de los fenómenos y penetrar más allá de las imágenes que la dictadura se empeña en crear. Pero también requiere excluir la tendencia a imponer forzosamente a los hechos ciertos esquemas concebidos a priori o subordinar la interpretación a determinados propósitos políticos que alteran sus verdaderos significados.

Para sostener la urgente necesidad de renovación de la izquierda u otros planteamientos similares existen argumentos verdaderamente sólidos que no pasan por atribuir al régimen resultados que no se corresponden con la efectiva concreción de algunas de sus finalidades más importantes.

El hecho que la gran burguesía chilena haya colocado a salvo sus intereses afectados por el avance del movimiento popular y que, en seguida, haya impuesto un programa que le ha asegurado las posibilidades de sobre-explotar a los trabajadores, a los recursos naturales y todo el patrimonio nacional, consiguiendo masas de ganancias extraordinariamente elevadas, no bastan para reconocer el éxito

(+) Presidente de la Organización de Taxistas FENATACH.

definitivo de su diseño, que es fundamentalmente construir una nueva hegemonía en la sociedad chilena. El proceso ha sido mucho más complejo y todavía le quedan etapas por cumplir. Así lo reconoció el propio Ministro de Hacienda, Sergio de Castro, el 8 de septiembre de 1980, al decir que " la transición... requiere del tiempo necesario para que nuestros ciudadanos hagan de los éxitos alcanzados un patrimonio propio y, por consiguiente, que se generen espontáneamente las fuerzas matrices de su defensa y, a su vez, completar las grandes tareas que aún quedan por realizar en áreas esenciales de la orgánica institucional " (+). Ya se han citado otros antecedentes que apuntan en la misma dirección. Ahora, si hubiere que referirse al dominio estrictamente económico, debe reconocerse que no son pocos los elementos que cuestionan la real emergencia de una economía que funciona sin conflictos ni desajustes graves para la propia lógica del diseño gubernamental.

Algunas reflexiones propagandísticas y otras que toman mayor distancia respecto del régimen, hablan de frutos y resultados " favorables " porque el modelo impuesto funciona y no se ha venido abajo. Sólo cabría señalar que el capitalismo es un régimen cuya viabilidad quedó históricamente confirmada hace ya muchos siglos. Ha sido capaz de superar crisis y conflictos y desarrollarse, incluso dando lugar al establecimiento de mecanismos de seguridad social, reconociendo a los trabajadores la posibilidad de organizarse y actuar en la defensa de sus intereses corporativos, bajo formas de democracia liberal, y posibilidades de incrementos en los salarios reales. Con mucho más razón puede operar una economía capitalista con intensa represión de la fuerza laboral, restricción de sus derechos sindicales y sociales, con elevados niveles de desempleo y franquicias casi irrestrictas para la ganancia capitalista.

En segundo término, el que una economía capitalista funcione con dificultades y deficiencias profundas no significa que se desfondará inexorablemente. Dentro de ciertos márgenes -- que no son estrechos -- esas debilidades no tienen por qué comprometer necesariamente la estructura de poder vigente. La circunstancia misma de que haya vastos contingentes de población excluidos de los beneficios producidos por el proceso económico y sometidos a condiciones de miseria, no se traduce necesariamente en ascenso o explo-

(+) " El Mercurio, 9 de septiembre de 1980.

sión de movimientos políticos resueltos a poner término al gobierno responsable. Los ejemplos en el mundo son muchos y no es necesario mencionar alguno en particular. Por el contrario, la experiencia recogida en numerosos casos, entre los cuales se cuenta el reciente de Chile, revela que la pobreza y el desempleo prolongado, no se traducen en fuerza opositora ni movilización política. No hay ninguna relación automática y fatal entre ciclo económico y lucha popular. Este fenómeno ha pasado a incorporarse como herramienta de los diseños de política económica, como sucede actualmente con el gobierno de M. Thatcher, en Inglaterra, la cual especula sobre la eficacia del desempleo para frenar el ardor militante (+).

Las debilidades y dificultades de la economía chilena no significan que no se pueda continuar adelante con la mantención del modelo económico mientras subsista la dictadura. Tampoco implican que el régimen vaya a perder el control de la situación política ni a ver comprometida su estabilidad, a resultas de la evolución espontánea de los acontecimientos. A lo que aspira el proyecto autoritario es a construir un consenso activo a partir de la capacidad de la estrategia económica para conceder alguna participación en su producto a la mayoría de los chilenos. Y es esto lo que está en tela de juicio, si ese objetivo dependiera únicamente de las posibilidades de desarrollo y del potencial productivo del país. Entre muchas otras, puede citarse la opinión de un organismo tan fuera de sospecha como el Banco Mundial, el cual expresa: "menos evidente es el hecho que los sectores privado y público proporcionen el dinamismo, traducido a inversiones, para generar la tasa proyectada de crecimiento", para agregar más adelante la preocupación de la misión de que "la tendencia existente a la concentración de la propiedad, pueda tener implicaciones de largo plazo negativas tanto para la distribución del ingreso como para la viabilidad futura de la actual estrategia económica de Chile"(++). Académicos como Paul Samuelson, también ajeno a toda veleidad izquierdizante, después de referirse a Chile como un laboratorio del "fascismo de mercado" concluye: "la historia no conoce un caso en que el fascismo haya

triunfado, incluso en sus propios términos económicos, por algún período sostenido" (+)

La experiencia de Brasil revela que después de más de 16 años de aplicación de una estrategia de crecimiento que obtuvo tasas de expansión que hicieron hablar, por momentos, de un "milagro" y que además ha estado dominada por la decisión de desarrollar un agresivo proceso industrializador, de incorporar progreso técnico y, en general, de impulsar la expansión de las fuerzas productivas y de la acumulación, ha llegado a una situación de seria crisis: inflación galopante, endeudamiento externo excesivo, movimientos especulativos y pobreza de gran parte de sus habitantes -- el 20% más pobre de la población recibió sólo el 2% del total de los ingresos familiares, en tanto que el 20% más rico se apropia del 67% de esos ingresos --.

Llegado el momento de establecer los logros del equipo económico del régimen militar, ellos se ubican en otro lado. Primero, porque pudieron obtener la adhesión personal de Pinochet y el respaldo de las fuerzas militares para poner en práctica su proyecto. La adopción del "plan de shock" y del programa de transformaciones subsiguientes, tuvo el rango de una decisión política decisiva para el dictador y quienes lo sostienen, en cuanto definió la alternativa precisa que transitaría la reestructuración capitalista del país y la nueva forma de dominación. Con ello los márgenes de maniobra del gobierno de facto experimentaron un estrechamiento adicional debido a la ruptura del bloque social y político que había apoyado en un principio el golpe militar. Los problemas de búsqueda de la ampliación del respaldo en la base social y de la construcción de un consenso, quedaron postergados o sujetos a eventuales mecanismos e itinerarios de solución de otra índole.

El régimen ha conseguido también avances indiscutibles en lo que se refiere a la modificación del padrón de aspiraciones y comportamientos ligado al incentivo del consumismo generalizado. Esta explosión consumista tiene lugar en un país dentro del cual extensos segmentos de población adolecen de graves deficiencias nutricionales. A pesar de las limitaciones de las fuentes de infor-

(+) Ver diversas informaciones de prensa sobre el particular; entre otras "Le Monde", 10 de febrero de 1981.

(++) "Chile: An Economy in transition, Informe del año 1980.

(+) Paul Samuelson, ob cit. p. 38

No habría que desestimar, tampoco, la declaración pública recientemente aparecida suscrita por alrededor de 360 de los más eminentes economistas ingleses, encabezados por Nicolas Kaldor, en la cual advierten que en la Ciencia Económica no existe ningún principio que garantice la corrección de la política económica aplicada por el Gobierno Thatcher, que se inspira en el mismo esquema vigente en Chile.

mación, se estima que el 58.7% de los hogares del Gran Santiago consumía menos de las calorías necesarias, en 1978. Agrupadas por niveles de ingresos, las familias del 20% " más pobre " no tienen otra opción que asignar su presupuesto entre las distintas necesidades vitales : si mejoran la alimentación deben sacrificar los gastos de salud, educación y vivienda. Esta es la " libertad de elección " que les concede el régimen. Con todo, aplican ciertas sumas -- representan el 5.3% del gasto total -- a adquirir algunos de los ocho rubros de " mercancías prescindibles " consultadas en el estudio realizado por la Academia de Humanismo Cristiano, al respecto (+). Los hogares del 20% " pobre " y 20% " medio " destinan el 7.2% y el 7.4% del gasto total, respectivamente, a la compra de esos mismos tipos de bienes, aunque tampoco satisfacen los requerimientos mínimos de alimentación. Son en extremo graves las consecuencias de estos hechos para el desarrollo físico e intelectual de una parte significativa de los chilenos.

El fenómeno es especialmente agudo entre los estratos medios y altos, pero se aprecia en el conjunto de la comunidad. Los recursos requeridos para su sostenimiento y expansión contrasta con las potencialidades reales de la economía chilena. Cubrir el hondo abismo entre costo y posibilidades es función de una sola variable: el endeudamiento externo acrecentado sin cesar. Por otra parte, el incremento del consumo sólo puede realizarse a través del ahorro de los hogares, cada vez más endeudados, y del desvío hacia su financiamiento de recursos que podrían tener uso alternativo en inversiones productivas. La demanda así creada, por último, no estimula la producción interna pues se traduce, antes de todo, en mayores importaciones. Claro que el circuito proporciona una de las principales fuentes de alimentación de las ganancias financieras.

He aquí una política que decía tener como objetivo central la elevación sustancial del ahorro que ha terminado con una cadena de endeudamiento generalizado : de las familias, de las empresas, de los intermediarios financieros y del país en su conjunto. La recuperación tan celebrada por el proejuntismo tiene en realidad, bases bien poco sólidas.

(+) Humberto Vega et.al., Academia Humanismo Cristiano, op.cit.

Ninguna de estas consideraciones sin embargo, tienen cabida dentro del esquema de la dictadura. El hecho de que vastas capas de chilenos no cuenten con los medios para cubrir sus exigencias mínimas de vida son consecuencias del mercado y no pueden interferirse de manera alguna. Si encima deben erosionar aún más sus niveles de subsistencia para atender inevitables aspiraciones de poseer ciertos bienes que escapan de lo estrictamente esencial, no hacen sino ejercer su " soberanía como consumidores ".

Pero ello no logra superar -- por el contrario agudiza -- los problemas que encara el régimen en el campo de la conducción económica : los objetivos de crecimiento y estabilidad se compatibilizan difícilmente y llegan a tornarse contradictorios en determinadas circunstancias. En este contexto, se plantean los problemas de deficiente formación de capital, deuda externa y persistente desempleo que hasta el momento se ven difíciles de superar.

Allí radican los desafíos centrales de la política económica dictatorial. Cuestiones como el tipo de cambio fijo que mantiene, aunque sea deliberado, es en parte reflejo de esas debilidades de fondo y , al mismo tiempo, condición de sostenimiento del esquema. Sin embargo, si la dirección económica se viera en una coyuntura que la obligara a modificarlo en el sentido de una devaluación, dispone -- en la medida que subsistan algunos elementos del cuadro actual -- de los medios para hacerlo, inclusive pasando por una etapa en la que no debería sorprender la transitoria revaluación de la moneda nacional. Se producirían tensiones y dificultades, pero ellas no serían inmanejables en la medida que podrían quedar a salvo los bloques de intereses más importantes sobre los cuales se mantiene el proceso especulativo-financiero presente. Pero continuaría sin respuesta el objetivo esencial que se propuso el dogmatismo de mercado : generar un efectivo proceso de sostenido desarrollo capitalista. Entre tanto, el gobierno se propuso paliar esta carencia impulsando el desarrollo del consumismo capitalista.

Si alguien está dispuesto a admitir la veracidad de las imágenes favorables que el régimen se empeña en crear presentando vitrinas abarrotadas con artículos importados y una impresionante proliferación de construcciones de lujo concentradas en unos cuantos barrios acomodados del país, puede hacerlo. Pero, ello significa desconocer que hasta en su fuero interno la dictadura comprende no haber logrado sus propias metas. Implica, asimismo, olvidar

la aguda pobreza que aqueja a amplísimos sectores de chilenos, el elevado desempleo, la falta de atención mínima para los requerimientos de salud, educación y adecuada nutrición de los estratos más desposeídos de la población, la ausencia de posibilidades reales para actuar en defensa de sus derechos de aquellos que los ven diariamente pisoteados y, en suma no tiene en cuenta la represión implacable y el grado en el que la política gubernamental ha empeñado el futuro del país y su independencia.

PEQUEÑAS EDICIONES INC

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE. Publicaciones y Documentación 1, Septiembre de 1980.

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE. Publicaciones y Documentación 2, Marzo de 1981.

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE. Publicaciones y Documentación 3, Septiembre de 1981.

GONZALO BULNES A. Los Mapuches y la Tierra.

LUIS JEREZ R. Chile: La Vecindad Difícil.

OTTO BOYE Combate no-violento por la Democracia.

ARMANDO ARANCIBIA Construir una fuerza por la Democracia.

ROBERTO MAYORGA Modelo Económico y Derecho del Hombre.